Nuestras propias historias

# Realismo social III









# Realismo social

## III

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA**
Lenín Moreno Garcés

**MINISTRO DE EDUCACIÓN**
Milton Luna Tamayo

**VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN**
Alfredo Astorga Bastidas

**VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA**
Francisco Cevallos Tejada

**SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR**
Diego Paz Enríquez

**DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)**
Laura Barba Miranda

**EQUIPO TÉCNICO**
**Coordinación editorial:** Verónica Vacas Andrade
**Consejo editorial:** Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

**EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**
Medios Públicos - EP

**IMPRESIÓN**
Medios Públicos - EP

**ISBN:** 978 9942 22 363 0



**Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador**

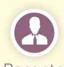
**www.educacion.gob.ec**



## Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN










*Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.*

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

# Presentación

Los libros de la colección “Nuestras propias historias” son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

# Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

Luis Zúñiga
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

# Índice




**ANDRÉS ALEJANDRO TAPIA**
nació en Puerto Ayora, Galápagos, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Nacional Galápagos. Su actividad favorita es leer.

# La lluvia y yo

Hoy me desperté y miré por la ventana. El mismo techo, el mismo árbol de ciruelas, el mismo muro de piedra y el mismo cielo nublado de ayer. Acerqué la silla de madera de mi habitación y observé cómo caían pequeñas gotas de agua desde el cielo gris; eran finas, rápidas y daba la impresión de que ni siquiera mojaban al caer. Entonces pensé en cómo estas pequeñas gotas de agua pasaban tan rápido, se confundían entre las miles a su alrededor y, al caer, prácticamente desaparecían, no era lluvia

real. Esta leve llovizna era como las personas que vemos en la calle mientras salimos a caminar, se confunden con las demás, las miramos por breves instantes y luego desaparecen, nunca las volvemos a encontrar.

Seguí observando la tenue llovizna, me sentí tranquilo, como si aún estuviera dormido, como si aún no despertara, como si aún me encontrara soñando. De hecho, todas mis mañanas son así, abro los ojos pero sigo hipnotizado por la oscuridad de la noche y la suavidad de mi almohada, lo único que hago es pensar, hablar conmigo mismo y, de vez en cuando, susurrar mis canciones favoritas. Lastimosamente, eso solo dura un par de minutos hasta que me despierto del todo.

De pronto aquella delicada llovizna empezó a volverse un poco más fuerte, ya mojaba el techo y este comenzaba a resonar. De alguna manera me tenía hipnotizado, no podía dejar de verla, por primera vez sentí como si todo se esfumara mientras estaba despierto y consciente; sentía la misma paz que suelo percibir mientras duermo. Era como si toda la complejidad del mundo, del universo, se redujera a esta escena: yo sentado en la silla de madera junto a la ventana, como si nada importara más que la lluvia y yo.

Pueden haber pasado diez segundos, tal vez cinco minutos, o quizás diez, qué más da. La lluvia caía más fuerte y yo seguía pensando. Reflexioné acerca de la vida, de mi vida, e intenté rescatar los momentos buenos y un par de motivos para ser feliz. Entonces surgieron muchas preguntas en mi cabeza: ¿qué estará haciendo el vagabundo que vi ayer en la calle si no tiene dónde protegerse de la lluvia? Al menos yo tenía un buzo, una cobija y una habitación. ¿Qué será de las personas que no tienen para



comer? Al menos yo tenía las tres comidas diarias sin falta. ¿Qué pasará con los animales de la calle cuando enferman? Al menos mi perro me tenía a mí para llevarlo al veterinario. Me pregunté muchas cosas más y me puse a pensar en que sí, era afortunado, no me faltaban esas cosas y si comparaba mis problemas con algunos de los demás, estos parecían insignificantes. Pero había algo que me impedía dejar de sufrir.

De pronto paró de llover, era como si el cielo se hubiera secado. Toda mi inspiración se fue a la basura y recordé todos los problemas de golpe. Gracias a lo que había estado pensando se me ocurrió que tal vez no eran la gran cosa y que debía dejar de quejarme por todo. De pronto, sentí que algo caía por mi mejilla, era una lágrima.

Pero ¿por qué? ¿Por qué de nuevo? Sentí claramente cómo toda la paz de la noche se esfumaba y un conocido e indeseable dolor se abría paso dentro de mí. Se suponía que había gente que estaba peor, que yo tenía todo lo que necesitaba y que debía estar feliz. Pero no, no lo estaba, de hecho cada vez me sentía peor, cada día empeoraba mi situación. Maldije el momento en que paró de llover, la lluvia es lo único que me calma.

Me di cuenta de cuán positivo que puedo llegar a pensar mientras duermo, de lo equivocado que estaba. No es tan simple como intentar hacer de menos lo que me sucede solo porque hay gente que se la está pasando muy mal; son situaciones diferentes. Me había acostumbrado a contrastar mi situación con otras para sentirme mejor, pero no lo estaba logrando. Lo que me pasaba no tenía punto de comparación; de hecho, ahora pienso que es peor que lo del vagabundo, los hambrientos y los perros callejeros, pero no entraré en detalles.

Tomé una ducha, mientras el agua resbalaba sobre mi cuerpo las lágrimas caían por mi rostro; era el momento perfecto. Me sentía perdido e incluso solitario. Solo pude contarle a mi mejor amigo acerca de lo mal que estaba. Él me decía que dejara de hacerme daño, que pronto llegaría el calor, no iba a poder andar más con un buzo todo el tiempo y todos me verían las cortadas; que dejara de culparme por todo lo malo que pasa, que dejara de criticarme a mí mismo y, sobre todo, que dejara de compararme con cada persona que se cruzaba en mi vida y de culparme por no poder ser así. Le dije que había entendido y que le haría caso. Le mentí. De hecho, ni siquiera le conté lo que en realidad me pasaba y la razón por la que me sentía de esa forma. Él es una buena persona. Recuerdo que pensé: "Ojalá que la vida lo trate con cariño".

Mi problema era que estaba cansado de todo, de vivir, aunque aún era joven, tenía diecinueve años; tal vez solo me había hartado de sufrir tanto. A veces, en mis sesiones de pensamiento junto con mi amiga la lluvia, me ponía a pensar en lo diferente que sería todo si no fuese tan sensible, si no fuera tan sentimental y tan llorón. Tal vez habría tenido más amistades y no me habría afectado todo. La psicóloga dijo que era normal que los pacientes con depresión se sintieran así. Siempre odié en secreto a esa arpía y cambié los ridículos medicamentos que me recetó por unas mentas que se veían iguales; tal vez por eso nunca mejoraba y cada vez me sentía peor. Prefería fingir que estaba bien antes que ir a ver cómo ella masticaba el chicle con la boca abierta y aparentaba que le interesaba más ayudarme que cobrarle por cada sesión a mi padre.

Cuando la lluvia se detuvo, me sentí peor que nunca, tuve más pensamientos negativos y me asaltaron los malos recuerdos. Me senté a llorar en el parque central y, cuando quise hablar con alguien, todos estuvieron ocupados para mí. Sentía que no le importaba a nadie, ni siquiera se molestaban en responder mis mensajes luego de haberlos leído; los únicos que me quedaban eran mi padre y mi mejor amigo, pero ellos siempre estaban ocupados. Entonces fue cuando tomé la decisión, yo sabía que podrían seguir sin mí; es más, la mayoría ni siquiera lo notaría. Dejé una carta a mi padre y a mi amigo pidiéndoles perdón por quitarme la vida.

Busqué el verdadero frasco de pastillas que me había recetado esa loca y me las tomé una por una. Para mi mala suerte, mi mejor amigo salió temprano del trabajo y corrió a buscarme porque sabía que estaba muy mal. Me encontró en la cama medio inconsciente y me llevó al hospital. Ahí lograron salvarme, sin saber que eso

no impediría que siguiera deprimido por el resto de mi vida. Entonces, me pidieron que no lo volviera a hacer, me dijeron que me cambiarían de psicóloga. Yo les dije que intentaría mejorar, pero no aseguré nada. Mis seres queridos prometieron que me harían feliz.

Al siguiente día, me dieron el alta y volví a casa. Empezó a llover y me puse feliz, pensé que no debía desear morir y que sí valía la pena seguir viviendo, todo gracias a mi amiga la lluvia; ella me hace sentir bien por unos momentos, ella me hace estar en paz, la quiero mucho. En su compañía me acosté a dormir con una sonrisa en el rostro, como si no existiera ningún otro ser humano, como si no tuviera responsabilidades, como si los problemas se esfumaran por un fugaz instante y por fin fui feliz. Quisiera quedarme así por siempre, solo la lluvia y yo.




**ERIK BENAVIDES**
nació en Tulcán, Carchi, en 1990. Trabaja en la Unidad Educativa Cristóbal Colón. Sus actividades favoritas son enseñar y hacer deporte.

# El primer día de clases

A la edad de seis años, los niños aún vivimos dentro de la burbuja de mamá. Es muy difícil salir de ella, solo pensarlo da miedo. La explicación es simple: el amor de nuestra madre nos protege, junto a ella la seguridad está más que garantizada. Por eso, empezar a ir a la escuela o cambiarse a otra, como me sucedió a mí, es difícil.

Los primeros días de clases en la nueva escuela no hubo ningún problema, aunque adaptarse a nuevas amigas, una profesora distinta y todo alrededor era extraño. Las niñas que se encontraban en mi salón de clases eran diferentes a las amigas que solía tener, sabían más cosas, sus padres tenían trabajos importantes, la mayoría no tenía hermanos y eso las convertía en el centro de la atención familiar y, por ende, escolar.

En la acostumbrada presentación del primer día de clases, dije mi nombre, Sarita Burbano, a mis espaldas escuché una voz que me decía: "Sin llorar". Esas fueron las primeras palabras de quien se convertiría en mi peor pesadilla. No me fijé muy bien en quién era, pero aun así me sentí muy mal, porque se suponía que era la niña nueva y la atención debía estar puesta en mí; pero sucedió lo contrario, nadie se fijaba mucho en mi existencia.

Cuando llegaba a casa me esperaba mi madre, en sus brazos me sentía segura, nunca dije nada de lo que había sucedido ese día porque pensé que sería algo pasajero. Según ella todo estaba bien.

Los únicos recuerdos que tengo de ese año escolar se relacionan con los maltratos de aquella niña. Creo que su vida no era tan perfecta como aparentaba. Empezó a decirme cosas feas sobre mi aspecto físico porque era la más chiquita del salón y se burlaba de mi letra. Lo primero que me quitó fue mi cartuchera; cuando llegué a casa solo dije que me la había olvidado en el patio de la escuela y cuando había regresado a buscarla ya no la había encontrado. Luego empecé a salir sola al recreo porque para las demás niñas yo era mala, egoísta, problemática y odiosa, todo gracias a Lady, así se llamaba la niña que tanto me fastidiaba. Al



salir sola me exponía a que esta niña me quitara mi colación a diario. Comencé a botar mi comida antes de ingresar a la escuela, por miedo a que me la robara, pero fue peor porque me empezó a golpear. Todo esto me quitaba el sueño.

Mi madre siempre me preguntaba cómo me iba en escuela, porque cada mañana lloraba al salir de casa. Me hice experta en decirle que me dolía la cabeza, el estómago, la muela, para ya no ir más a clases. En mi anterior escuela nunca me sentí menos que nadie, era participativa, alegre, tenía buenas amigas, mi profesora no se interesaba en las cosas materiales como la que tenía en ese

entonces. Lo digo porque los padres de mis compañeras solían llegar con regalos para ella; según eso eran tomadas en cuenta por la maestra.

Hubo un tiempo en que ciertos padres de familia se pusieron de acuerdo para pedir que nos dictaran clases de piano, por lo tanto, en cada hogar había que comprar uno. Recuerdo que en mi casa la situación económica no era tan buena y me sentía tan aislada que no tenía ganas de aprender nada. En la hora en que mis compañeras aprendían a tocar piano yo salía a un pasillo donde estaban los basureros de la escuela y me sentaba a esperar a que terminara la clase. Para mí ese era como un escondite; en la hora de recreo iba ahí, donde nadie me veía, porque empecé a creer que todas mis compañeras eran como Lady. En ese año la soledad y el miedo fueron mis únicos acompañantes.

Nunca traté de defenderme, siempre me quedé callada, hasta con mi mami, para ella todo estaba perfecto, aunque siempre me decía que ya no jugaba como antes, que no me reía con frecuencia, pero yo siempre oculté bien lo que me pasaba.

Llegó el fin del año, por fin se acabó mi sufrimiento. Rogué tanto que me cambiaran a mi anterior escuela que mis súplicas fueron aceptadas.

Durante mis días de tristeza, no recuerdo haber aprendido a leer o a sumar, eso me lo confirmó la maestra del siguiente año escolar, porque cuando mis compañeros leían en voz alta yo me quedaba en silencio escuchando. Tuvieron que empezar de cero conmigo porque no sabía nada.

La timidez, la soledad y el miedo se fueron en el instante en que regresé al lugar donde mis amiguitas me aceptaban, jugaban, me

tomaban en cuenta, donde era feliz. Pensé que los malos momentos se iban a quedar en la escuela donde había empezado todo.

El tiempo pasó, cumplí once años, fui al colegio, pero no estaba preparada para lo que sucedió el primer día de clases. Empezaron a llamar a las chicas de primer curso, por paralelos. Los licenciados, con las listas en sus manos, gritaban el apellido y el nombre de las nuevas alumnas que conformarían el primer curso. Cuando dijeron mi nombre me coloqué en la fila que me correspondía; después de varias llamadas escuché el nombre de la persona que no hubiese querido volver a ver: Lady se convirtió en mi nueva compañera de clases otra vez. Ahora todo parecía diferente porque yo era más alta que ella, pero conservaba los mismos miedos que cuando tenía seis años.

Fue ahí cuando le conté todo a mi mami, porque tenía miedo de que esa niña me hiciera lo mismo y quería estar preparada para cualquier cosa. Sin embargo, ese año fue distinto porque Lady nunca me dirigió la palabra, nunca me regresó a mirar. Creo que se había dado cuenta del miedo que me causaba y el daño que me había hecho.

Parecen cosas sencillas y ahora que lo cuento me causa un poco de risa, pero a esa edad parecía que el mundo se me venía encima, que no iba a haber más mañanas. Todo se detiene en el instante en que te maltratan.

Lo que me pasó tiene nombre oficial: *bullying*. Me duele cuando escucho que alguien pasa por lo mismo, porque yo lo viví y sé cómo eso cambia la vida de quien lo sufre.

Pero he aprendido que la vida está compuesta de cosas buenas y malas, y que de cada una de ellas hay que sacar una lección. Mi

mayor aprendizaje fue que los padres debemos enseñarles los mejores valores a nuestros hijos y que, más que palabras, el ejemplo es el que cuenta. Debemos asegurarles que cualquier cosa que les pase tiene una solución. Hay que confiar en nuestros padres, como yo lo hice, para que nos ayuden a superar nuestros problemas.

**SEGUNDO HOLGER BUÑAY**
nació en Guaranda, Bolívar, en 1970. Trabaja en la Unidad Educativa Santiago de Quito. Su actividad favorita es el ciclismo.

# Relatos de mi niñez

La mía es una historia muy triste; tuve unos padres chapados a la antigua, rectos y, en ocasiones, crueles, pero también muy simpáticos. Siempre me dieron buenos consejos.

Nací hace cuarenta y siete años en una familia conformada por siete hermanos: dos mujeres y cinco varones, humildes, trabajadores y, sobre todo, muy respetuosos y honrados. A pesar de que mis padres eran analfabetos nos inculcaron buenos modales, costumbres, hábitos y nos enseñaron el valor del trabajo.

Desde muy temprana edad, tendría más o menos cinco años, yo ya trabajaba. A las tres de la mañana debíamos estar todos despiertos, cada quien tenía su tarea. Mis padres eran carniceros. Como yo era el menor estaba obligado a ir al camal con ellos, mientras mi hermano mayor se encargaba de faenar el ganado ovino. Todo el trayecto iba llorando, tiritando de frío y todavía con sueño. Mientras mis padres hacían todo el trabajo desde el camal hasta el mercado, yo, a esa hora de la mañana, tenía que lavar los trapos que se usaban para secar la sangre de la res que se había faenado. El agua estaba completamente helada porque venía desde el Chimborazo. A veces me quedaba dormido y mi madrecita me lanzaba en la cara los trapos colmados de sangre y agua fría. ¡Imagínense mi reacción! Desde ese entonces empecé a odiar el trabajo que tan honestamente hacían mis padres para darnos de comer, de vestir y educarnos; para un niño de mi edad todo lo que había que hacer era muy molestoso.

Yo estudié en la escuela Simón Bolívar de la ciudad de Guaranda. En ese entonces mi uniforme estaba compuesto por un pantalón azul y una camisa del mismo color. Un día, como de costumbre, madrugué al camal y, después de pasar casi dos horas lavando trapos, las vísceras y de todo un poco, mis manos se congelaron. Volví a mi casa y me puse el uniforme pero, al querer abotonarme la camisa, mis manos no funcionaron, estaban totalmente acalambradas, no las sentía. Comencé a llorar de la desesperación, pero no podía avisar a mis padres porque me habrían golpeado. Entonces decidí ir con la camisa abierta hasta llegar a la escuela. Cuando llegué, el conserje, que se llamaba Aurelito, que en paz descanse, me ayudó y desde entonces se hizo mi amigo, mi confidente. Siempre me esperaba en la entrada para ayudarme a arreglar mi uniforme y me regalaba la colación porque, a pesar de que trabajaba, mis padres nunca me mandaban



dinero. Aurelito, pensando en hacerme un bien, fue al mercado a reclamarles a mis padres porque me trataban mal. Cuando regresé a la casa, ellos me pegaron y me dijeron que era un delicado, que los varones no teníamos que avisar nada de lo que nos hicieran.

Al otro día fui a la escuela todo melancólico y triste, solo pensaba en continuar con mis estudios y callar todo lo que sucedía en mi casa. Mi único amigo simplemente me cogía de la mano, creo que entendía mi pesar, y me regalaba un pan y un helado; con eso me contentaba y me hacía el niño más feliz de la escuela.

A mis padres solo les gustaba el trabajo, nada de diversión. Una vez llegué con una pelota que no era mía, solo me la habían encargado. Al verla, mi madre la lanzó a la cocina de leña donde preparábamos las vísceras. Luego, regresó con un cabestro, me

golpeó hasta más no poder mientras me decía que tenía que estudiar, no jugar; que era un guambra vago, malcriado, hijo de tal y cual; que mi obligación luego de la escuela era trabajar en la casa y en el mercado. Para mí no existían ni distracciones ni amigos, es por eso que nunca aprendí a jugar ni macateta —como dicen hoy—, porque mi madre me quemaba todo tipo de juguetes, que en ese entonces eran bolas de cristal, trompos y pelotas. No podía tener nada.

Sin embargo, me las ingeniaba para escaparme y hasta construí un coche de madera que consistía en un pedazo de tabla con ruedas de rulimanes. Empecé a conocer la adrenalina cuando bajé toda una cuesta compitiendo con unos amigos de barrio. ¡Qué emoción sentía en ese momento! Un día llegué, después de jugar, con el pantalón todo roto. ¡Ayayay! Al ver esto mi madre me recibió con un palazo de escoba en mi espalda. Prometí nunca más salir ni desobedecerle, pero le rogué que no quemara mi coche. Ella aceptó y yo cumplí mi palabra. Mientras lloraba, cogí mi juguete y lo guardé.

Cuando estaba en sexto grado todos mis compañeros sabían manejar bicicleta, tenían unos hermosos juguetes y todo lo que un niño de mi edad podía poseer. Yo, en cambio, era un chico reprimido, con la autoestima baja, sin cariño ni la protección que todos tenían de sus padres. La envidia rondaba por mi mente. Me decía: "Ellos tienen todo y yo nada, pero hoy me desquito".

Fue en esa época cuando decidí no asistir una semana a la escuela por ir a aprender a nadar en la piscina municipal, que quedaba cerca. Esperaba que abrieran e ingresaba todos los días hasta que llegaba la hora de volver a la casa. Así empecé a nadar por mi cuenta, no me importaba el castigo que podría tener en mi casa; por lo menos aprendí algo que los niños de mi edad ya sabían desde hacía mucho tiempo.

Pero como todo se llega a saber, a la final le informaron a mi madre que no había ido a la escuela en una semana. No van a creer lo que hizo: cogió un pedazo de manguera y me pegó con ella; no conforme con eso, me pisó el cuello con un pie, mientras me seguía pegando. Tanta era la ira de mi madre que parecía que me quería matar. Yo ya no respiraba, me ahogaba, hasta que mi hermano intervino y me salvó la vida. A él le guardo mucho respeto y agradecimiento.

Esta es una parte de mi triste historia. Me faltarían hojas y tiempo para contarles más acerca de esta época y de cuando fui adolescente. No tuve niñez, no aprendí a jugar, y sentí desprecio y odio por mis padres por ello. Pero ahora reconozco que eso no importa, porque en cambio aprendí a ser alguien que sabe muchas cosas gracias a mi madre linda, que no solo me maltrató, sino que me dio muchos consejos sabios en ese tiempo. Tengo la dicha de tenerla todavía junto a mí y oír sus recomendaciones. Es mi viejita adorada para toda la vida. Mi padre falleció hace veintinueve años.




**LAURA NARCIZA PORTILLA**
trabaja en la Unidad Educativa César Antonio Mosquera.

# Historia de un poema

Esta historia no es la de un individuo, sino la de más de tres millones de ecuatorianos que migraron en busca de mejores días. Esto sucedió debido a que los que ejercían el poder en ese entonces nunca supieron cómo hacer su trabajo.

En medio de esa gran marcha hacia Europa, no pude evitar posar mis ojos sobre los grandes esfuerzos humanos por buscar

el equilibrio y la dignidad; muchas veces, la dura realidad terminó con estas voluntades. Durante esos años atestigüé muchas historias, que podrían servir de base para infinidad de relatos. Tomaré una de ellas, la mía, para compartirla con ustedes.

Mi narración comienza cuando la impotencia, antesala de la resignación, me empezó a acechar. Me hacía falta una catarsis para volver hacia el origen y retomar mi conciencia. La palabra fue el medio purificador gracias al cual no naufragué en el incoherente y arbitrario sueño colectivo.

Era invierno, aunque eso no tiene relevancia, porque las obligaciones me habían vuelto una semiautómata laboral que rara vez reflexionaba en medio de una galopante incertidumbre.



España entraba en una recesión económica que afectaba a nacionales y extranjeros, quienes redoblaron sus esfuerzos para llegar, supongo, hacia una meta. Yo solo continuaba haciendo lo de siempre, no tenía más que mi sentido de supervivencia con una dosis de cuestionamiento.

Madrid es una ciudad cosmopolita en donde no te despertaría un gallo a menos que fuera un instrumento mecánico acostumbrado a sincronizarse con las necesidades de los horarios laborales, sea invierno o verano. En esa urbe el sol dormía hasta pasadas las ocho en invierno, la rutina narcotizaba todo cuestionamiento. La corrupción y la inconformidad crecían a un mismo ritmo y los recortes en beneficios sociales eran cada día más evidentes. Yo plasmaba todo esto en mis versos, como si fueran una cápsula en la que se comprimen los acontecimientos, sensaciones y reflexiones que hoy comparto con ustedes. Empezaba a escribir mientras me dirijía al trabajo.

**Aquí no cantan los gallos**

La noche continúa hasta las ocho,
los sueños se despiertan
en cualquier estación del metro,
entre la obligación y la decepción reprimida.

Te busco entre caras diferentes,
aunque no quiero verte.
En Sol Vodafone, cambio de línea…
La gente baja, sube la gente.

Me siento y le doy un masaje rápido al cansancio.
Salgo abruptamente,
tengo frente a mí un camino.
Llego al vértice donde las sombras cambian la perspectiva.
Una farola me ilumina con su ojo desorbitado,
sus ojeras de luz tenue me cobijan.

Busco un timbre…
Bostezo (¡no sé de dónde surge tanta humedad en mis ojos!).
Subo a un quinto piso.
Mientras en la Cadena Ser ordenan el despilfarro social,
yo aplasto mis narices contra los cristales que limpio por encargo.

Ofrecen el estado actual del tráfico de influencias,
salta la alarma social por todos los costados ibéricos.
La plasticidad de las palabras
camufla con hiperminuciosidad lo más viejo.

A las diez finalmente termino,
me tomo un café cortado y salgo.
No me preguntes…
"por qué hago gula con los sueños rotos
y sigo contemplando mi reflejo".

Terminaba de escribir cuando regresaba del trabajo, mientras el sol brillaba pero no calentaba. Robaba tiempo al tiempo.

**MILENA ELIZABETH ACERO**
nació en San Gabriel, Carchi, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Mario Oña Perdomo. Su actividad favorita es leer poemas.

# La mascota de Ana

Una tarde lluviosa, en las afueras de su casa, Ana, una niña de diez años que acababa de llegar de la escuela, se encontró con una gran sorpresa en la puerta. Abrió la envoltura de un canasto apresuradamente. Entonces se dio cuenta de que adentro se encontraba un pequeño cachorro que la observaba con su dulce y tierna mirada pidiendo ayuda. Había sido abandonado, pero para su suerte en la casa de la niña les gustaban las mascotas, especialmente los perros. Por eso, Ana decidió agarrar al cachorro

empapado y entrar a su casa. Su madre salió ansiosa a recibirla en la sala y se encontró con la sorpresa. Entonces le dijo:

—Ana, ¿en dónde has encontrado a ese cachorro?

Ella, muy emocionada, le respondió:

—¡Mamá! Estaba en la puerta de la casa. ¿Será que me dejas conservarlo?

La madre de Ana la consentía mucho porque era su única hija, por eso le dijo:

—Claro, hija, te lo puedes quedar. Dime, ¿cómo lo llamarás?

—Aún no lo sé, madre. La verdad me gustaría ponerle Dosty, ¿qué te parece?

—¡Está bien! —respondió ella.



Con el transcurso del tiempo, Dosty fue creciendo y creciendo. Ana se cansó de él porque ya no era el pequeño cachorro que había encontrado en la puerta de su casa. A pesar de que ella ya no le prestaba atención, el indefenso y cariñoso perro seguía queriendo a su dueña.

Ana estaba por cumplir quince años, su mascota Dosty había pasado cinco junto a ella. Unos pocos días antes de su cumpleaños la chica le dijo a su madre que iba a acampar al bosque con un amigo, aunque en realidad él era su novio. Como el lugar al que querían ir estaba cerca de su casa, la mamá accedió.

Los chicos salieron y armaron el campamento. En la noche el novio quiso propasarse con Ana. Para empeorar las cosas, había llevado a un amigo. Ana no supo qué hacer cuando comenzó a notar las malas intenciones de los dos. Empezó a gritar y a pedir ayuda. Dosty, con su agudo oído, pudo escuchar los gritos desesperados de Ana. Ansioso por salvar a su dueña, se soltó de sus cadenas, corrió hasta el lugar, siguió sus instintos y se lanzó contra uno de los chicos. Para mala suerte del animal, el otro traía consigo una pistola y, por defender a su amigo, le disparó al perro.

Mientras tanto, Ana logró huir del lugar e ir por ayuda. Regresaron con su madre y la policía y encontraron a los dos chicos en el mismo lugar. Desgraciadamente, al lado de ellos se hallaba su mascota, fría, llena de sangre y casi sin poder respirar. Sin pensarlo dos veces, Ana se lanzó hacia él y, con lágrimas en sus ojos, le dijo: “Lo siento, mejor amigo. En todo este tiempo me olvidé de ti, pero tú no de mí. Me salvaste de un gran peligro y nunca lo olvidaré”.

Cuando terminó de decir eso, Dosty murió.




**SAMANTHA ESTEFANÍA SUNTAXI**
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Particular Santa Ana.

# Desde el cielo

Fanny era una adolescente muy carismática e inteligente, más que muchas chicas a su edad. Desde pequeña había participado y ganado varios concursos. Su futuro parecía muy prometedor, pero una mala decisión acabó con todos sus sueños e incluso con su vida.

Cuando tenía seis años sus padres decidieron que la mejor opción era cambiarla de escuela. En ese nuevo lugar, Fanny se destacó en cada actividad que realizaba; se había ganado el cariño de todos por el entusiasmo que ponía en cada cosa que hacía. Pero

cada año la presión era más grande; la ambición de ser siempre la mejor se estaba apoderando de ella. Fanny no lo quería admitir, pero era la verdad.

Cumplió doce años y quiso cambiarse a un nuevo colegio. Su idea era conseguir nuevos amigos y vivir nuevas experiencias. Nunca se imaginó que esa sería la peor decisión de su vida.

Las cosas no marcharon bien. A pesar de su corta estancia en el nuevo colegio, ella ya se había ganado el desprecio de algunos compañeros, pero nunca pensó que las cosas llegarían demasiado lejos. Logró conseguir unos cuantos amigos y pensó que permanecerían junto a ella por un largo tiempo, pero no fue así. Finalmente, ellos también se pusieron en su contra y pasaron a formar parte del problema. Sus compañeros comenzaron a hacerle *bullying*; en un principio, a ella no le importaba, pero finalmente las críticas la hirieron y Fanny cayó en la depresión.

A nadie le importó lo que le estaba pasando. Entonces ella quiso ponerle un punto final a tal situación, pero no lo logró. A los catorce años pensó que irse a otro colegio tal vez sería lo mejor, así que puso mucha voluntad para poder enfrentar sus problemas en lo que restaba del año escolar.

Las vacaciones de verano le sirvieron para meditar sobre lo sucedido, armarse de valor para ir a un nuevo colegio y empezar desde cero. Finalmente, llegó el momento que tanto había esperado: su primer día de clases. Algunos de sus compañeros la aceptaron rápidamente, parecía que las cosas por fin volverían a ser como antes, pero no…

Resulta que, a pesar de ser querida por pocos, también era odiada por muchos; ella solo quería destacarse por lo que hacía, porque pensaba que era lo único bueno que tenía. Cada

año las cosas se complicaban más y ella ya no lo soportaba: las enemistades, el divorcio de sus padres y su recaída en la depresión.

Cierto día se preguntó a sí misma: "¿Qué pasaría en el mundo si yo dejara de existir? Todo sería igual, nada cambiaría, ni siquiera notarían que no estoy". Una terrible decisión estaba a punto de ser tomada…

Ella estaba consciente de que las cosas no iban a mejorar; trató de evitar llorar casi todas las noches, pero sabía que no había modo de que se volviera a sentir bien. No tenía amigos y siempre estaba sola. Fanny sabía exactamente lo que tenía que hacer… pararse en una silla y atar una cuerda alrededor de su cuello para dar fin a tanto sufrimiento.



Escribió una carta con sus manos temblorosas, se puso de pie en la silla y miró hacia la luna. "Esto terminará pronto", se dijo a sí misma. No lo pensó dos veces, saltó de aquella silla y… todo acabó.

Su madre, al entrar a la habitación, cayó al suelo. La pequeña niña que había criado estaba colgando ahí, su cuerpo estaba pálido y sin vida. Ella vio la carta y la empezó a leer mientras las lágrimas caían por su rostro:

"Lo siento, mamá, he intentado encajar en este mundo por mucho tiempo pero me he dado cuenta de que este lugar no es para mí. No llores, porque me verás pronto. El mundo que me rodea es el culpable. Sé que en un año olvidarás que me he ido.

Mi presencia en este lugar ya no es necesaria. Hay algo que espero: que esto te haga más fuerte. Recuerda que eres la mejor amiga que he tenido, es una pena saber que te voy a hacer sentir tan triste. Significaste mucho para mí.

Es el momento de irme pero, por favor, mantente fuerte. Yo estaré cuidando de ti desde el cielo.

¡Adiós!".




**LEOVA ISABEL TERÁN**
nació en Guayaquil, Guayas, en 1980. Trabaja en la Escuela Alfonsina Storni. Su actividad favorita es nadar.

# Remembranzas

Cuando tenía ocho años de edad mi madre nos llevó a vivir en General Villamil, Playas. En aquella época vivíamos junto a la casa de mis primos; en total éramos siete, el menor tenía año y medio.

Todos los días íbamos con mi tía a la camaronera donde cocinaba para los biólogos que trabajaban allí. En una ocasión, mi prima y yo no quisimos ir. Nos quedamos en la casa con mi hermanita menor, que siempre estaba a mi lado y yo nunca la dejaba, nunca me separaba de ella, y con el hermano de mi prima,

que tenía un año y medio. Nuestra tarea, por no ir a ayudar en la camaronera, era tener lista la comida, pero nosotros quisimos ir a buscar ciruelas verdes antes de cocinar.

En Playas había un lugar cercado lleno de esta fruta. Era tan grande, tan grande que pensamos que no tenía dueño. Quedaba por la parte más alejada de la ciudad. En el camino a este lugar encontramos una casa con muchas grosellas y subimos a mi primo más pequeño para que las cogiera. Claro, nosotras habíamos ido bien preparadas, con mucha sal, ji ji ji ji ji.

En el momento en que estábamos subiendo a mi primito para que robara las grosellas, escuchamos los gritos de un chico de



dieciséis años, más o menos, que nos llamó: “Serranos ladrones, puercos”. Después, como loco, dijo: “Hoy les mato”.

Nosotras, con un poco de miedo pero sin creer que su amenaza fuera en serio, nos bajamos y seguimos nuestro camino para el monte. Cuando estábamos cerca de meternos en él, regresamos a ver y notamos que muchos hombres con machetes nos seguían. Ya no podíamos regresar porque habíamos avanzado demasiado y todo estaba solitario, solo nos quedaba adentrarnos en los matorrales y escondernos.

Entonces comenzó nuestro calvario. Corrimos y corrimos con mucho miedo, entre mi prima y yo cogimos de los brazos a los más pequeños y los llevamos casi volando. Una vez dentro del monte empezamos a arrastrarnos como serpientes, sin hacer ningún ruido pero muy asustadas. Nunca dejamos de escuchar: “Malditos serranos, hoy los matamos”. Solo recuerdo que eran tantos gritos que yo le pedía a Dios que nos ayudara, que no nos dejara.

Pasamos mucho tiempo arrastrándonos como serpientes pero ellos siempre estaban cerca. Cuando ya no pude más, recuerdo que le dije a mi prima, llorando y con una voz muy bajita:

—Yo me voy a entregar y les voy a pedir perdón.

Mi prima muy fríamente me dijo:

—No te van a perdonar, pero si quieres que te maten, sal.

Ellos estaban ya muy cerca, habíamos llegado al final del bosque. Entonces, de repente, mi primito dijo: “Miren” y empezó a deslizarse por una pendiente muy pronunciada, que era nuestra única salida.

Qué felicidad nos dio cuando vimos que esa ladera llevaba al centro de la ciudad. Bajamos mucho y llegamos arrastrándonos

a la primera casa. Estábamos blancos de tanta tierra y polvo que llevábamos encima. Recuerdo que todos empezamos a llorar y le pedimos un poco de agua a un señor. Miramos que nadie nos siguiera, esperamos mucho tiempo, y cogimos el bus a nuestra casa.

Nunca supe qué habría pasado si nos hubieran encontrado, únicamente sé que esa gente nos odiaba. Cabe decir que nunca más volvimos a ese lugar. Ahora que han pasado los años, me provoca buscar al tipo que encabezó esa persecución y preguntarle qué habría pasado si nos hubiesen encontrado aquella mañana. Algún día lo haré.




**JONATHAN QUINALOA** nació en Guaranda, Bolívar, en 1998. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Guaranda. Su actividad favorita es leer.

# El amor de mi madre

Esta historia sucedió en el cantón Pedro Moncayo, en el barrio Tabacundo. Cuando apenas tenía ocho años de edad, mi vida tuvo un giro inesperado: perdí el amor de mi madre. Lo recuerdo perfectamente, como si hubiese pasado ayer: era una noche fría y oscura, mis hermanos y yo estábamos esperando que llegara mi madre porque ya era muy tarde. De pronto, tocaron a la puerta, me



levanté a abrirla. Era mi padre. Me preguntó por mi madre al ver que no había sido ella quien lo recibió. Le respondí que todavía no llegaba del trabajo. Entonces preguntó si ya habíamos comido y le dijimos que aún no. De inmediato, mi padre salió a comprar algo de comida.

A los pocos minutos de que mi padre saliera, llegó mi madre con un señor muy raro. De pronto, él le reclamó algo a ella y me pareció muy extraño ver eso. Casi enseguida llegó mi padre y se alteró mucho al ver a mi madre con ese señor, sacó un machete con intención de asesinarlos. Desesperado, yo me lancé a la pierna de mi padre para que no lo hiciera y fue entonces cuando comprendí que mi madre nos iba a dejar. Mis hermanos y yo entramos en llanto.

Mi hermano mayor, que tenía trece años de edad, salió a llamar a una vecina que se llevaba muy bien con nosotros. Ella llegó e intentó hacer razonar a mi madre, pero no sirvió de nada, estaba muy decidida y se alejó de nosotros. Mi hermano y yo, que llevaba en los brazos a mi hermana con apenas unos meses de nacida, nos fuimos detrás de nuestra madre. Pero mi padre, al ver que nos estábamos yendo, me agarró y me dejó con la vecina, mientras él se fue detrás de mi hermano. Después de un rato volvió con él: se había desmayado. Desde ese día, nuestra forma de vida de cambió totalmente. Continuamos al lado de nuestro padre sin el cariño de nuestra madre. Esta situación ha sido muy difícil para nosotros pero tenemos la firme convicción de salir adelante.




**CARLOS RONALD SANTIBAÑEZ**
nació en Cúcuta, Santander, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel. Su actividad favorita es hacer deporte.

# Mi vida: entre la guerra y la paz

Mi nombre es Carlos Ronald Santibáñez Univio. Nací en Cúcuta, norte de Santander, el 12 de junio de 2000. Crecí en un país lleno de violencia, donde solo los valientes sobreviven. En mi niñez sufrí mucho, tenía que salir corriendo cada vez que se armaba una balacera; a mi temprana edad veía peleas sanguinarias con machetes y hasta con ladrillos, problemas

familiares, por los que los esposos golpeaban a sus mujeres y nadie decía nada; también vi a grupos delincuenciales enfrentarse entre ellos, los resultados eran realmente catastróficos. Debido a toda esta violencia, empecé a crecer con un trauma muy grande.

Mis amigos y yo soñábamos con ser doctores, ingenieros, deportistas profesionales, pero había factores muy críticos que jugaban en nuestra contra y que nosotros, como niños que éramos, no tomábamos en cuenta. Cuando cumplí diez años empecé a ver que algunos amigos se volvían delincuentes, asesinos y vivían "bien", por así decirlo. Diez de mis compañeros se fueron por esa senda. Yo me preguntaba: ¿por qué lo hicieron? ¿Dónde quedaron nuestros sueños? Todos estábamos pasando por una crisis muy tremenda, sumidos en la pobreza total. Cuando El Abuelo, que era el apodo del jefe de las autodefensas del norte de Santander, se enteró de eso y vio que los chicos estaban desesperados, les dijo tantas mentiras que los convenció, les dio una pistola, mil dólares y los puso a trabajar, cometiendo delitos y matando gente. Lo que ellos no sabían era que quienes agarraban mucha fama en esa vida fácil eran asesinados por El Abuelo, porque tenía miedo de que atentaran contra su vida. Ese era el destino que les esperaba a mis amigos.

Una noche estaba saliendo de la casa de mi abuela, ella vivía cerca de un canal por donde los delincuentes iban a fumar y a hacer cosas malas. A ese lugar ellos lo llamaban La Isla. De pronto alcancé a reconocer a mis amigos, los que se habían vuelto delincuentes, estaban arrodillados y listos para ser fusilados. Al ver este cuadro fui a pedir clemencia por ellos; de un momento al otro apareció El Abuelo y mató a uno de mis amigos. Mis piernas temblaban de miedo, pero aun así le grité:

—¿Por qué lo hiciste?

Él me contestó:

—Pelado, ¿qué tiene que estar haciendo acá? Piérdase rápido, le doy diez segundos para que se largue o sigo con usted.

Yo le respondí:

—Por favor, no lo hagas, son mis amigos. No mates a los que quedan, dales una oportunidad, por favor.

Entonces él me dijo:

—¿Usted estaría dispuesto a dar la vida por ellos?

—Pues yo estoy bien con Dios, si quiere probar mi valor, hágalo.

—Arrodíllese, pelado —me dijo.



En mi mente pensé: "Llegó mi hora". Vi que cargó la pistola y, de repente, disparó, pero no me apuntó a mí sino al suelo. Entonces El Abuelo les dijo a sus cómplices:

—El valor que tiene este pelado deben tenerlo ustedes. —Luego se dirigió a mí—: Pelado, nunca sigas esta vida, no trae nada bueno. Y a ustedes, parranda de vagos, los vuelvo a ver en estas vueltas y no va a haber quién los salve porque los voy a rellenar a tiros hasta que se me acaben los cartuchos.

Lastimosamente, poco después, ellos, que habían visto morir a nuestro otro amigo, asesinaron a El Abuelo, le metieron setenta tiros. Él tenía un hijo que los buscó para vengar la muerte de su padre, pero solo logró encontrar a dos porque los demás tuvieron la oportunidad de salir del país y salvar sus vidas.

Días después a mis padres les propusieron viajar al Ecuador como misioneros cristianos. Yo llamé a mis amigos, los que estaban afuera del país, para darles a conocer esta noticia. Ellos me dijeron que me marchara, porque si me quedaba en Colombia me convertiría en un delincuente como ellos. Poco después llegó el momento de irme. Yo pensé que no iba a ser capaz de alejarme del lugar donde había pasado toda mi vida, pero tuve que marcharme porque las cosas se pusieron peores. Llegué al Ecuador todo traumatizado. Cuando veía los carros con vidrios polarizados me escondía por miedo y al escuchar motos de enduro no sabía qué hacer.

Hasta que encontré a un joven colombiano que había vivido lo mismo que yo. Él me enseñó a lidiar con estas crisis, me mostró que las cosas en el Ecuador eran distintas. Así logré superar mis traumas y, gracias a Dios, pude tener otra oportunidad para salir

adelante. El Ecuador, hasta el momento, me lo ha dado todo y siempre viviré agradecido por las bendiciones que me ha brindado este hermoso país.

Han pasado años, de los diez amigos que éramos solo quedamos tres, que hemos podido salir adelante honestamente. Los demás están muertos. Yo prometo que nunca volveré a esa vida tan violenta que tuve en Colombia. Agradezco a Dios y a Ecuador por todo lo que el país me ha brindado.




**NUVIA VEGA**
nació en Francisco de Orellana, Orellana, en 1989. Actualmente es comerciante. Su hija Jurlady Gomez estudia en la Unidad Educativa Ciudad de Coca.

# La vida es como una caja de sorpresas

La vida es como una caja de sorpresas, uno nunca sabe con qué se puede encontrar. Es por eso que deseo compartirles mi historia.

Nací el 28 de febrero de 1989. Mis padres se llaman Francisco Vega y María Morillo. Las condiciones en las que llegué a este

mundo no fueron las mejores. Mis papás estaban muy asustados. Mi madre era muy joven, tenía diecisiete años, y mi padre, de veintinueve, solo quería disfrutar de la vida. Nunca supe lo que pasó, pero no hicieron una vida juntos, a pesar de que supuestamente se amaban.

Mi mamá se fue y me dejó a cargo de mis abuelos maternos y mis tíos. Ellos vivían en el campo. Cuidar a sus cinco hijos ya les resultaba difícil; un bebé adicional complicó más las cosas. No tenían para mantenerme, así que crecí con lo que la madre naturaleza me daba. Nunca supe lo que era la leche materna, la fórmula o nada parecido.

Mi papá simplemente se olvidó de mí (a pesar de que vivía cerca). Se comprometió con una mujer con profesión y mayor que él. Con ella tuvo una hija a la que nunca le faltó nada.

El resentimiento en contra de mis padres se apoderó de mí. Cuando tenía cuatro años mi madre regresó, pero yo ya no la reconocía. Cada vez que veía a mi papá solo me acercaba a él a pedirle dinero, pero no lo quería, era un extraño para mí.

Cuando cumplí cinco años uno de mis tíos empezó a abusar de mí. Yo creía que eso estaba bien porque jamás tuve quién me enseñara o me cuidara. Nunca nadie supo nada.

Mi mamá también se comprometió con alguien más y me llevó a vivir con ella, pero yo no me acostumbraba a la nueva casa. En las noches, mi padrastro se pasaba a mi cama para manosearme. Yo no se lo decía a nadie, pero que él hiciera eso me incomodaba mucho más que cuando sucedía con mi tío (en ese entonces pensaba que era normal que pasara eso con él porque éramos familia). Un día le conté a mi abuelita que esa era la razón por la

que no quería ir donde mi mamá. Nunca me imaginé la gravedad de lo que me estaba sucediendo. Mi abuelita le contó a mi madre; cuando ella se enteró se puso a llorar. Más tarde me hizo repetir lo que le había contado frente a mi padrastro, quien negó todo. Mi mamá no supo qué hacer conmigo y me mandó con una madrina en Quito. Fue así como a mis nueve años empecé a vivir lejos de mi casa y con unos perfectos desconocidos.

En esa ciudad terminé de estudiar la escuela. Cuando me tocó ir al colegio regresé a mi hogar. En mi familia casi nadie había estudiado la secundaria, y los que sí lo habían hecho no habían pasado de tercer curso en escuelas a distancia. Yo no quería que eso sucediera eso conmigo. Entonces mi mamá me dejó con otra familia para que pudiera estudiar de forma presencial. Después de un tiempo me tuve que ir de esa casa porque era muy pequeña, por lo que me fui a vivir en un cuarto de una casa que mi mamá arrendaba. Ahí pasaba de lunes a viernes completamente sola, apenas tenía una minicama con estera, una funda con mi ropa y lo más importante: mis cuadernos para estudiar. Solo comía una vez al día porque mi escuela quedaba a una hora de distancia, así que el dinero que me dejaba mi mamá lo utilizaba para pasajes.

Pasé así durante unos cinco meses. Para entonces, mi papá se enteró de lo que estaba pasando y, cuando me encontré por casualidad con él, me llevó a su casa y nunca más me dejó salir. Recuerdo que me permitió ir a ver a mi familia los primeros tres fines de semana y luego me prohibió ir. Mi madrastra era muy mala y no me quería. Se encargó de envenenar a mi papá en mi contra. En esa casa yo no podía opinar acerca de nada. Incluso cuando necesitaba algo no lo podía pedir porque ella me mandaba a callar con gestos horribles. Para mi papá la niña de sus ojos era

mi hermana y hacía todo lo que ella y su madre dijeran. Me fui aislando de todo, no contaba con nadie. Mi refugio siempre fueron mis amigas del colegio, pero no podía hacer ni un trabajo en grupo con ellas porque mi papá no me dejaba salir ni a la esquina.

Fui creciendo y los pretendientes empezaron a aparecer. Eso también fue un problema porque la envidia de mi hermana se volvió más grande. Deseaba quitarme todo, que nadie me quisiera. No se había conformado con prohibir toda muestra de afecto de mi papá hacia mí, también quería que los chicos se fijaran solo en ella.

En el colegio llegué a ser muy conocida y querida por todos. Incluso fui presidenta del consejo estudiantil porque era políticamente activa dentro de la institución. Además, gané varios concursos de oratoria. Mi hermana, por el contrario, reprobó años y hasta por eso me culparon. Yo era la culpable de todo lo malo que le pasara a ella.

Cuando estaba en sexto curso tenía un enamorado, a quien solo podía ver en las mañanas; esperaba el recorrido de su trabajo en el colegio. A pesar de que era muy simpático, no sentía nada por él. En el fondo, odiaba a los hombres. Era feliz cuando los veía rogarme y llorar. Nunca me enamoré. Mis planes en la vida eran estudiar, ser profesional y, un día, ser dueña de mi vida. No quería más, solo deseaba ser libre.

Empecé a convertirme en una señorita. Mi manera de pensar y de actuar fue cambiando; ya no agachaba la cabeza para recibir los regaños de mi madrastra, que siempre esperaba que mi papá se fuera para tratarme como a un animal. Comencé a defenderme y a salir de casa cuando tenía eventos del colegio. En una ocasión, el 11 de diciembre de 2005, a las ocho de la noche, al volver de uno de esos programas, mi madrastra me trató peor que nunca.

Me dijo que ni una mujer de la vida fácil se comportaba como yo. Le respondí que no la aguantaba más y que me iba a largar de la casa. Ella me dijo que me fuera y no regresara. Y eso es lo que hice.

Salí corriendo, cogí un taxi y me fui a donde una amiga. Desde allí llamé a mi enamorado, Iván, y le conté lo sucedido. Estaba asustada pero decidida. Mi papá se había ido en contra de mi madrastra y la había culpado por mi huida. Esa noche me llamaron hasta cansarse y me pidieron de favor que regresara. Yo les mentí, dije que me había ido a Quito con mi madrina. Pasé varios días escondida en la casa de mi amiga. Me enteré de que mi papá me estaba buscando con la Policía para mandarme a un reformatorio



y meter presa a la mamá de mi amiga por tener secuestrada a una menor de edad.

Yo no quería causar problemas a nadie por lo que llamé nuevamente a mi enamorado y, con toda la vergüenza del mundo, le pedí diez dólares para poder irme a Quito de verdad. Él me fue a ver enseguida y me llevó a la casa de su tía, prometiéndome que a la noche saldría de ahí para irme a la capital. Una vez allí nadie me dejó salir y, en un abrir y cerrar de ojos, ya estaba con marido.

Al mes llamé a mi papá, le conté que estaba viviendo con Iván y le pregunté si podía ir a ver mis cosas. Él accedió. Continué estudiando hasta terminar mi último año de colegio. A los cinco meses de convivir con mi pareja, decidí quedarme embarazada. Fue así como tuvimos a nuestra primera hija, Valentina. Después de dos años empecé a estudiar la universidad gracias a un crédito que logré sacar. Luego de un par de años llegó nuestro segundo hijo, Andrés. Iván y yo trabajábamos, él siempre en las petroleras, por lo que pasaba poco tiempo en casa. Las cosas entre nosotros no fueron fáciles, Iván siempre coqueteaba con chicas y eso a mí no me agradaba. Pero, eso sí, siempre fue responsable en cuestiones de mantenimiento del hogar.

Después de siete años de vivir juntos nos separamos. Yo le fallé, pero sentía que me había vengado de todo y no quería volver con él. Estaba decidida a quedarme sola y buscar esa libertad con la que siempre había soñado. Iván insistió en una reconciliación, pero yo no quise y empecé a salir con otra persona, Carlos. Eso le molestó mucho al padre de mis hijos; siempre había sido el chico guapo a la que ninguna mujer se le resistía y no soportaba que yo lo rechazara. Empezó a hacerme la vida imposible. Me destruyó moral, económica y sentimentalmente. Incluso llegó al punto de

atentar contra mi vida. Seis meses después de nuestra separación, consiguió el dinero para contratar a un sicario, quien por error acabó con la vida del hermano de Carlos.

Luego de eso me fui a vivir a Ibarra con mis hijos. Quería desaparecer de esta tierra, pero no fue fácil. Carlos dio conmigo y, a pesar de todo, no me dejó sola. Dos años después volví a mi casa. Ahora el papá de mis hijos está preso y mi relación con Carlos está en veremos, a pesar de que viene un bebé en camino.

Todas estas experiencias me enseñaron que la felicidad no depende de con quién esté uno. Ahora solo quiero salir adelante con mis tres hijos. Estoy a punto de sacar mi título en Ingeniería. Sé que la vida sigue. Siento que mi propósito en esta Tierra aún no está cumplido y seguiré buscando esa felicidad y libertad con la que siempre soñé.




**RAMÓN ALBERTO MILLÁN**
nació en México, México, en 1970. Estudia en el Módulo 4 de la Campaña Todos ABC de la Unidad Educativa Monseñor Leonidas Proaño-Extensión CRS Latacunga. Sus actividades favoritas son leer, escribir historias y dibujar.

# El Norte

Aún recuerdo esos días calurosos y lluviosos de mi ciudad natal, Culiacán, en Sinaloa, México, el sonido de la estrepitosa lluvia cayendo en la tarde después de un intenso día lleno de calor. Culiacán se encuentra en un valle al noroeste del país. Los pobladores de esta norteña localidad se dedican casi en su totalidad a la agroindustria y la pesca. La producción de tomate y la captura del camarón para exportación han convertido a esta ciudad en un pilar de la economía mexicana. Pero debido

a información incompleta, Culiacán se ha ganado mala fama. Se nos conoce más por un cartel de las drogas que por nuestras riquezas agropecuarias y acervo cultural. La diversidad étnica en México, al igual que la comida, es muy amplia: 80 pueblos y más de 100 dialectos forman parte de nuestra gran cultura. Conservamos la herencia de los pueblos mágicos que hoy en día se conocen como GLOTA.

Mi historia, mi vida, empezó el 5 de septiembre del año 1970 en el famoso barrio de Tierra Blanca, en Culiacán, que fue famoso en las décadas de los cincuenta y sesenta: los italoamericanos lo llamaban Little Chicago, que traducido al español quiere decir Pequeño Chicago. Esa triste y célebre fama se debió a que, en dicha época, se presenciaban en las calles de mi barrio *vendettas* entre gomeros, mafiosos de la goma de opio de heroína, que generaba gran parte de los ingresos de esos maleantes, que peleaban por el control del barrio y el trasiego de drogas para el gran consumidor del norte de la unión americana. Los gringos han sido los clientes desde antaño de toda droga o sustancia producida en mi provincia. Como ven, desde mi nacimiento mi vida se ha visto involucrada en estas circunstancias, que podrían compararse con una película de Hollywood.

Recuerdo que durante mi infancia compartí mis primeras aventuras en pañales con mis pequeños hermanos Norma Isabel, que ya murió, María Luisa y Omar Guillermo. Mis padres trabajaban como docentes con dos turnos al día. Mi abuelita materna María Luisa, ya fallecida, nos cuidaba todo el tiempo. Ella me enseñó acerca de la cocina. Me gustaban mucho sus *pancakes* y los chongos morellanos (pequeños panecillos de harina de trigo fritados en manteca y bañados con mermelada de fresa o durazno).

Aprendí a alimentarme por mi propia cuenta. A pesar de que mis padres siempre nos llevaron el sustento diario, carecíamos de sus cuidados, pero eso no fue motivo para que no se nos inculcaran los buenos principios y supiéramos que nos amaban.

**Mi infancia**

Mis primeros conocimientos los obtuve en preescolar, a la edad de cuatro años. Mi *kinder garden*, Guadalupe Rojo de Alvarado, quedaba cerca del malecón, donde dos ríos se unen y hacen una pequeña isleta llamada la isla de Impacarai (también conocida como Isla de los Pájaros). Allí hacíamos campamentos infantiles y soñábamos con ser bucaneros, marinos y hasta navegantes interplanetarios. Durante los dos años de preescolar socialicé con diferentes compañeros de diferentes estratos sociales: algunos eran hijos de importantes políticos, de comerciantes y de tristemente célebres narcotraficantes. Me fui involucrando desde muy temprana edad y con cierta naturalidad en el manejo de armas y grandes sumas de dinero.

Recuerdo que una noche una vecina de mis padres le llevó dos maletas grandes a mamá para que las cuidara. Yo alcancé a mirar muchísimo dinero en ellas. Me imaginaba que eran como los baúles de piratas, con oro y mucha plata.

También me acuerdo de la señora doña Lucía, esposa de un comandante de la DFS (Dirección Federal de Seguridad), de sus hijos, mis amiguitos, su inmensa casa, que parecía un palacio, y de mi primer enamoramiento: Paty, quien fue una pequeña princesita para mí. Me gustaba ir a su casa a visitarla y ver las armas que sus papás tenían.

Los domingos en mi ciudad eran días de zoológico. Siempre he sido un amante de la naturaleza. Me gustaba acudir a ese lugar

para interactuar con los animales, pasearme en el tren que había allí y comer golosinas. Recuerdo que un domingo, cuando fui para allá, me perdí con mi abuelita, que no conocía la ciudad, pero logró llevarme de regreso a mi casa.

Gozábamos las vacaciones de verano al máximo en mi *tepee* (tienda india) con mi tribu: Guillermo (Mito), Luis (Gero), Rubén, Ángel, Fabi, Cesarín, Maricela, Jesús, Oscar (Vaque, Vaquero, Ponchín, que en paz descanse), Isela, Kinue, Norma Isabel (que en paz descanse), María Luisa, Omar Guillermo y yo. Ellos eran mis primos y hermanos. Esos fueron años mágicos y maravillosos, *my wonder years*: noches de verano a la orilla de una fogata escuchando historias y anécdotas, cantando y bailando.

Me gustaba mucho salir temprano, 5 a. m., con mi abuelo materno, Loreto Gambusino, que estaba retirado y tenía unas hectáreas de temporal (tierras de siembra por estaciones del año). En mi zona y, en general, en mi país hay cuatro estaciones. El verano dura tres meses y por excelencia es la temporada de lluvias; por ende, es la época de siembra de maíz, calabaza, sandía, melón, mango, guayaba y ciruela.

En los días en los que el trabajo del campo rendía sus frutos, acompañaba a mi abuelo a su milpa a ver que no se metieran las vacas y dañaran las cosechas. Le ayudaba a cercar y hasta a cosechar. De él aprendí la importancia de mi entorno natural. La cacería me fascinaba; atrapaba venados, cochís, jabalíes (chanchos de monte), codornices, armadillos y palomas. El contacto con la naturaleza y la convivencia familiar me hacían sentir dichoso. Recuerdo esas largas tardes en el río Elota, donde aprendí a nadar, a pescar y donde chiroteé (jugar sin parar) por horas. Hacíamos concursos de clavados, natación y carreras.

Fuera del río competíamos a pie o en burros. Eso se repitió verano tras verano durante casi cinco años, que fueron los más mágicos y maravillosos de mi infancia.

**Mi pubertad**

Durante mis seis años de escuela básica participé en competencias deportivas (natación), musicales, artesanales y geográficas. El sexto grado, antes de graduarme, fue uno de los más intensos. La Guerra Fría era el tema más tratado en todos los niveles académicos en México y provocó una gran polarización de nuestra sociedad. Las corrientes socialistas y comunistas generaban un entorno hostil dentro de todos los niveles académicos.



Recuerdo que una mañana, al llegar a mi escuela, había una inmensa manifestación al frente, donde se encontraba la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS). Se creó un zafarrancho entre estudiantes, docentes, simpatizantes del frente México 68 y la policía. Una inmensa nube de gas lacrimógeno invadió toda mi escuela. Mientras todos estos acontecimientos pasaban a mi alrededor, yo me refugiaba en mis sueños de esa época: ser astronauta y hablar ruso. Como mi padre fue un cofundador del PSUMA (Partido Socialista Unificado de México), yo estaba empapado de esa propaganda socialista, al punto de tener como biblia los escritos de Carlos Marx y Federico Engels. Mis héroes eran Nikita Kruschev, Ernesto Che Guevara, Anastasio Somoza, Fidel Castro, aunque también admiraba a John Fitzgerald Kennedy, así como también a Al Capone, John Gotty y a los mafiosos de mi ciudad: Pedro Avilés, el Culichi, Juan el Grande, el Cochí Loco y otros más.

En esa época, mi tío Guillermo obtuvo cargos de mucha importancia en el ramo policial de mi provincia, llegó a ser director de un penal. Debido a eso, mi entorno se empezó a volver más violento, gracias al poder y la influencia que tenía al ser sobrino de un funcionario de alto rango policial.

**La frontera**

En las décadas de los sesenta y setenta, parte de mi familia emigró a los Estados Unidos de América, por la demanda de mano de obra campesina. Ellos viajaron en busca de un futuro diferente y mejores oportunidades, pues muchos campesinos en mi zona fueron desplazados por la fatídica operación Cóndor. Esta fue la más grande en la historia de todo nuestro hemisferio americano. A excepción de las zonas francesas (Guyana) e inglesas (Belice,

las islas Caimán), la CIA (Agencia Central de Inteligencia) intervino en todos los países latinoamericanos. En mi zona, la mayoría de los campesinos de la Sierra de Sinaloa tuvieron que abandonar sus pueblos por la mano dura del ejército, que hizo desaparecer a muchos campesinos por el hecho de que vivían en zonas de cultivo de amapola y *cannabis* (marihuana). Los que se salvaron, en su gran mayoría, emigraron a Estados Unidos, como fue el caso de algunos de mis familiares, que se fueron de braceros o jornaleros agrícolas.

La frontera era un lugar de ensueño, bonanza y ambición. Para mí, estaba llena de misterio y miedo, era un punto de encuentro entre México y el resto de América.

**Las cebras de Tijuana**

Tijuana es otra ciudad que conocí. Algo muy peculiar y emblemático de ella son sus cebras, pero no son las de África, sino burritos pintados de blanco y rayados como esos animales. Curiosidades mexicanas. Te puedes montar en ellos para una foto o dar un paseo por la famosa avenida Revolución (La Revo), comer los tacos, chimichangas o burritos, tomarte una *root beer* (cerveza de raíz) o una famosa margarita. Aunque yo era muy pequeño aún, cuando fui a Tijuana ya le había tomado gusto a la cerveza dado que en mi zona es muy común la ingesta de esta bebida alcohólica.

**Los Ángeles, California**

Mi segundo hogar fue Los Ángeles, California. Llegué de vacaciones y me quedé una buena temporada. Disneyland, Hollywood, Magic Mountain tuvieron que ver con un drástico cambio en mi vida. Se podría decir que pasar los años ochenta en California fue algo como de ciencia ficción. Llegar de una

pequeña ciudad de apenas trescientos mil habitantes, en 1980, a otra de más de tres millones y medio de habitantes, en donde se hablaba una lengua diferente, mas no extraña, fue un giro de 180° en mi vida.

Me impactó mucho que el racismo étnico aún estuviera latente. Para el sajón, el color de piel significaba superioridad, más aún frente al latino. Pero a mí eso me hizo más fuerte y aprendí a socializar con mucha más gente (afroamericanos, hindús, asiáticos, europeos). Me interesé por el *baseball* en esa época. Fernando Valenzuela (el Toro Valenzuela) era el *pitcher* de mi equipo favorito, los Dodgers de Los Ángeles; tenía el número treinta y cuatro y nos representaba a los mexicanos como valientes, locos y aguerridos.

Empecé a ir a clases bilingües en una escuela nocturna y aprendí el *Hi*, *good morning*, y también la palabra *love*, porque yo estaba loco como el Toro Valenzuela de tan enamorado que me sentía de mi *gabachita* (gringa colorada, rubia) llamada Loreane.

Ella era una niña de mi edad, once años, unos ojos azules intensos, de cabellera clara y una hermosa sonrisa. Con ella me sentí Indiana Jones, Hulk, Frank Sinatra, todo lo que un amor infantil nos hace ser.

Los días de verano en California fueron muy bonitos, noches en Santa Mónica, Long Beach y aventuras en las albercas públicas, donde chicos y chicas ingresábamos de contrabando a nadar con toda una piscina para nosotros solos.

Desde pequeño me gustó trabajar. Siempre me buscaba tener mi platita por mis propios medios; estar en Estados Unidos no cambió nada de eso. Tengo familia en la parte norte de California, en Salinas, Fresno, San José, a unas pocas horas de San Francisco.

Ahí supe lo dura que es la vida en el campo en ese país: levantarse a las 4 a. m. con el intenso frío de las heladas de la temporada de cosechas de brócoli. Eso me enseñó a tener más responsabilidad, aunque desde muy chico mi abuelo Loreto me había inculcado lo que era vivir y trabajar en el campo.

**Mi adolescencia y adultez**

Mi juventud fue muy intensa, llena de conflictos, dado que yo tenía muchas ideas diferentes a lo que mis padres querían para mi futuro. La escuela secundaria era para mí un pasatiempo, puesto que conocía más que mis compañeros. Además, tenía vínculos con los Narco Junior; de momento eso me hacía una persona con influencia dentro de mi secundaria. Empecé a instruirme en el tema de armas y explosivos gracias a unos amigos que trabajaban en las fuerzas del ejército. Con el tiempo, me metí en el negocio de vender municiones, armas y drogas.

A mis quince años ya era diestro en el tiro al blanco con armas, dado que también pertenecí a los Boy Scouts de México, por lo que tenía temple.

Desde la década de los cincuenta, el ejército de los Estados Unidos llevó a México el cultivo de la amapola controlado y para el uso en el sector médico, dado que la morfina y heroína eran utilizadas en los hospitales de ese país, en esos tiempos en guerra con Vietnam y, después, en conflicto con Corea. Ellos llevaron la droga a mi tierra; de ahí se derivaron los cultivos ilícitos, gracias a la oferta y demanda que dichas sustancias tienen en Estados Unidos.

Aprendí a cultivar opio y a comercializarlo junto con marihuana en las fronteras, que después era llevada y vendida en los Estados Unidos. Conocí el gran mercado, la cantidad de dinero

que generaba este rubro. Nací y crecí entre hierba, polvo y plomo, como dice un corrido de mi tierra.

Seguí mis estudios de bachillerato y empecé a trabajar en la rama de la industria del entretenimiento como ingeniero en audio. Trabajé en una compañía de California llamada Sierra Records Promotion. Gracias a eso viajé por varios años por toda la unión americana, desde Los Ángeles y San Francisco hasta Chicago, New York, Atlanta, Texas y Florida, Centroamérica, El Caribe y Sudamérica. Estas regiones me parecieron algo diferentes al norte. Allí desarrollé la logística para ciertas empresas de crimen organizado en México. Hoy cumplo una sentencia por posesión de sustancias y, después de casi cuatro años, estoy por salir libre.




**SILVERIO ABHRAM HINOJOSA**
nació en La Asunción, Bolívar, en 1958. Actualmente es militar en servicio pasivo. Su hija Grace Hinojosa estudia en la Institución Educativa La Asunción.

# Un soldado que sobrevivió al conflicto del Alto Cenepa

Este es un pequeño extracto del diario de un soldado que batalló en la Guerra del Alto Cenepa y que no pudo cumplir su sueño: morir por su patria y cobijarse con su bandera.

En cuanto el presidente de la república, arquitecto Sixto Durán Ballén, declaró el estado de emergencia nacional, el Grupo de Fuerzas Especiales No. 26, Cenepa, de la ciudad de Quevedo, provincia de Los Ríos, en cumplimiento de la planificación militar, se movilizó en los aviones Búfalo, Hércules y Caza desde el aeropuerto militar de Quevedo hasta el de Catamayo, La Toma, en la provincia de Loja. Después, el equipo fue transportado en camiones Unimox hasta el Batallón de Selva No. 63, Gualaquiza, en la provincia de Morona Santiago. Allí se recibió la orden de las operaciones que se iban a desarrollar en la zona de conflicto. Luego, se movilizó al grupo en un helicóptero Súper Puma hasta los destacamentos Cóndor Mirador, Coangos y Tiwintza, para los respectivos reconocimientos y trabajos de fortificación en los puntos: Cueva de los Tayos, Base Sur y La Y, donde se destaca un área delimitada de setenta y ocho metros cuadrados.

De acuerdo con las operaciones establecidas por nuestros superiores, los escuadrones ya se encontraban organizados en equipos de combate. Yo fui parte del equipo denominado Escorpión, al mando del sargento primero Félix Amadeo Vásquez Velasco. Una vez que llegamos a la base de Tiwintza, recibimos la disposición de relevar a una patrulla del Batallón de Selva No. 63, Gualaquiza, que se encontraba ubicado en el flanco oriental del río Cenepa, aproximadamente a una hora de la confluencia de este con el río Tiwintza, lugar donde se realizó una base de patrulla. Allí se incorporó el teniente Napoleón Camacho, en calidad de comandante del equipo de combate. Desde ese lugar se realizaron patrullajes de reconocimiento del terreno para neutralizar e impedir el avance de las tropas peruanas.

En esta base pernoctamos por varias semanas, hasta que supimos de la amenaza de incursiones de patrullas enemigas

en nuestro territorio. De forma arbitraria, sus helicópteros bombardearon el destacamento Teniente Ortiz; allí perdió la vida heroicamente el soldado Víctor Pilco. Cabe resaltar que este destacamento se encontraba legalmente limitado. A partir de este hecho se recibió la disposición de defender a nuestra patria con honor teniendo en mente el atropello que se había dado al sur de nuestro país, en la provincia de El Oro, en el destacamento Chacras, entre otros, en 1941, y en Paquisha, Mayaicu y Machinaza, en 1981. Todos los soldados de estirpe nos preparamos física y mentalmente para cumplir misiones en aire, mar y tierra, convencidos de que íbamos a recuperar todos los kilómetros cuadrados pertenecientes al Grande Ecuador.

En nuestra base, el equipo de combate Escorpión fue dividido en dos núcleos. El primero, al mando del teniente Napoleón Camacho, con quien me quedé yo, y el segundo, bajo las órdenes del sargento Félix Amadeo Vásquez. Este fue destinado a ocupar una posición un tanto más al sur, donde tuvo contacto con personal enemigo. Después de haberse enfrentado con dichas tropas, el sargento Vásquez quedó herido por un proyectil calibre 7.62 en el omóplato izquierdo. Los miembros del núcleo uno acudimos a esta base de patrulla para reforzarla y darle los primeros auxilios al sargento, que sufría una hemorragia. Después, con palabras de ñeque, lo ayudamos a cruzar el río Cenepa y evacuarlo hasta Tiwintza acompañado por dos compañeros del equipo de combate. Desde allí sería llevado hasta Patuca.

El equipo de combate se organizó nuevamente. El día 31 de enero fuimos bombardeados por morteros de ochenta y un milímetros de nuestros enemigos por la retaguardia de nuestra base de patrulla. Entonces, a las 9:30 a. m., preparamos una emboscada, ya que las tropas enemigas eran numéricamente

superiores a las nuestras. Aprovechamos la nomenclatura del terreno, desde donde gozábamos de un buen campo de tiro. Abrimos fuego durante aproximadamente quince minutos. Producto de este enfrentamiento, murió heroicamente el sargento Segundo Chimborazo, al recibir una esquirla del RPG enemigo en su garganta. Resultamos heridos el sargento Washington Mora, el cabo primero Eusevio Echeverría y quien escribe, sargento Silverio Hinojosa.

Desde el lugar de los hechos, regresamos aproximadamente cuatrocientos metros, desde donde teníamos previsto reorganizar el equipo de combate. Por orden del teniente Napoleón Camacho, por ser el *bodi* del sargento Chimborazo, y pese a mi estado de salud, recibí la misión de salir a la base de Tiwintza a traer la



escuadra de camilleros para el rescate del cuerpo. Cuando llegué al lugar, aproximadamente a las 17:00, llegaron unos reporteros de la cadena internacional CNN, al mando del señor Jorge Gestoso. Recibí la disposición de ser su guía y conducirlos hasta el valle del Cenepa al día siguiente. Estos periodistas querían conocer los sectores avanzados del combate hasta el flanco oriental del río, donde se encontraba el cuerpo sin vida de mi *bodi*.

Luego de unas cuantas tomas y entrevistas a miembros del equipo de combate, se llevaron el cuerpo del sargento Chimborazo hasta Tiwintza, para que, por respeto al dolor de su familia, fuera trasladado a su tierra natal. También se llevaron al cabo Víctor Nasimba, que se encontraba en mal estado de salud.

Continuamos combatiendo en este sector. Como habíamos tenido bajas en nuestra patrulla y algunos de nuestros compañeros heridos sentían dolor y molestias al caminar por la espesa selva, nos unimos a la patrulla comandada por el teniente Quelal, que también se encontraba en el flanco oriental del río Cenepa, en una muy buena posición. Luego de habernos mantenido allí por cuatro días, fuimos relevados por personal del GFE-25, al mando del capitán José Valencia. Ellos tenían que ocupar la base donde había muerto el sargento Chimborazo.

El día 12 de febrero de 1995 nos dirigimos hacia Tiwintza y luego al helipuerto ubicado en el sector denominado El Maizal. Desde allí fuimos hasta la 21-BS Cóndor, en Patuca, para tomar unos días de descanso. Luego de recuperarnos física y mentalmente, fuimos abastecidos de alimentos, vestuario y municiones y nos trasladamos hasta el helipuerto provisional conocido como Montúfar, con la misión de asegurar la pica que conducía desde este lugar hasta la base de Tiwintza, por donde estaban siendo evacuados los cuerpos de nuestros compañeros del personal de la

Esforce, quienes habían fallecido días antes en el sector llamado Loma de los Morteros o Trueno Dos.

Luego continuamos el recorrido con dirección a Tiwintza, donde recibimos disposiciones de dividirnos por diferentes sectores de combate: La Montañita, helipuerto Ibarra, El Maizal y Loma de los Morteros o Trueno Dos, a donde yo fui asignado.

Después de permanecer varias semanas allí, recibimos la orden de salir a Tiwintza, para luego dirigirnos al sector Yukianza No. 6, donde se encontraba el personal de los países garantes, MOMEP, que se encargaba de controlar la desmilitarización de las bases para su intervención. Luego de ello, nos trasladamos a Patuca.

Han pasado veintitrés años y de aquellas gestas heroicas solo quedan recuerdos, anécdotas que se vivieron en la selva milenaria del Cenepa, que atestiguó en silencio el derramamiento de sangre, sudor y lágrimas, así como el cansancio, el hambre y los uniformes empapados de lodo. Todo ha quedado en el pasado. Todo menos los hombres, que no dudarían en volver a estar prestos a defender a su país, incluso si eso implicara perder la vida, porque morir por la patria es inmortalizarnos en la guerra del honor.

Todos los combatientes de aquella época estábamos conscientes de nuestra responsabilidad y confiábamos en la preparación física y psicológica recibida durante nuestra vida profesional. Nos habíamos entrenado en tiempos de paz y pondríamos en práctica lo aprendido en tiempos de guerra, con la premisa del comando y el paracaidista: “Solo merecen vivir aquellos que por un noble ideal están dispuestos a morir”.

La guerra terminó. Las Fuerzas Armadas, el pueblo y el Estado escribimos juntos nuevas páginas doradas en la historia del Ecuador. Un ejército luchador dio la primicia de libertad,

democracia y soberanía a sus compatriotas. Queremos dar un agradecimiento imperecedero a Dios y a nuestro pueblo, de parte de quienes salimos prácticamente ilesos del conflicto del Alto Cenepa y podemos compartir y recordar estas experiencias de nuestra gesta heroica que hizo que encontremos el sentido de nuestras vidas. Nunca dejarán de venir a mí los múltiples recuerdos de la guerra, acompañados por la frase del presidente: “Ni un paso atrás”.

Hoy podemos contar la verdadera historia de los soldados de estirpe del valeroso GFE-26 que se destacaron ofreciendo su vida en el campo de batalla. Loor al soldado ecuatoriano, un ejemplo a seguir hoy, mañana y siempre.




**JOSÉ VICENTE BASTO**
estudia en la Unidad
Educativa Ibarra.

# Lo que el fuego se llevó

Sábado 23 de julio de 2016

5 p. m.

Hoy fue un gran día, lo disfruté mucho aunque me parece que no resultó muy duradero. Me visitaron Karen y otro amigo. Fue muy bueno disfrutar de su compañía. Les pude decir que ahora las jornadas son mucho más tranquilas por aquí e incluso llegué a contarles muchas cosas acerca de



cómo se vive en esta cárcel. Le doy las gracias a Dios por tener tan maravillosas amistades.

6 p. m.

Mientras pasaba el conteo para el encierro en la celda general, otra se comenzó a incendiar desde adentro. En la formación nosotros pudimos observar las llamaradas y el humo que salían por las ventanas, incluso se pasaban a las celdas vecinas. Fue una locura total. Todas las personas estaban preocupadas y angustiadas. La incertidumbre se adueñó del ambiente.

Algunos de nosotros pensábamos en voz alta. Decíamos: "Después de esto se vendrá un traslado masivo". Para mis adentros agradecía a Dios por mantenernos sanos y salvos. Recuerdo que

pude ver que unos reclusos muy aguerridos sacaban a un señor que había perdido el importante sentido de la vista. Para mi sorpresa, en esos momentos ni los guías sabían cómo actuar.

Hubo quienes pretendieron fugarse. Pero en pocos minutos el centro estuvo rodeado de policías. Adentro, algunas personas privadas de libertad grababan el incendio con sus teléfonos móviles. Obviamente, su uso está prohibido en el centro. Finalmente, llegaron los bomberos y apagaron todo, por lo menos así dijeron.

Las ciento cincuenta personas privadas de libertad que vivían en la celda incinerada fueron ubicadas en gradas y luego repartidas en otras por todo el centro. El hacinamiento aumentó de una manera indescriptible, parecíamos sardinas en lata. Aun así, acogimos a los compañeros afectados. Yo compartí unas arvejas duras con un señor de edad que lo había perdido todo después de haber vivido ocho años en este lugar. Estaba completamente desconcertado y lloraba la pérdida de lo que podríamos llamar "nuestras cosas personales".

7:30 p. m.

Termino de escribir esto desde mi celda, antes de ir a descansar.

**DAYANA NICOLE GAMARRA**
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Particular Santa Ana.

# Presentimientos

Era una mañana soleada de un domingo cualquiera, en el mes de octubre, las hojas de los árboles eran movidas por el suave viento que corría, mientras las aves entonaban un tranquilo cántico.

Samantha despertó esa mañana sintiéndose rara, dubitativa, tenía un presentimiento extraño que no la dejaba en paz; sentía que no era ella misma, no tenía ganas de hacer nada.

Su madre, preocupada por verla así todo el día, pensó en alguna alternativa para poder ayudarla, y solo se le ocurrió una.

Ella sabía lo mucho que le gustaban los parques a su pequeña niña, entonces la invitó a ir a uno. Samantha aceptó sin pensarlo, creyendo que eso la ayudaría con su problema. Antes de salir, su madre recibió una llamada de su hermana diciéndole que estaba muy enferma y que la necesitaba en casa. Ella, triste y consternada, acudió en su ayuda, así que Samantha fue sola a su paseo tranquilo por el parque.

Allí intentó relajarse y animarse un poco, mas, por alguna extraña razón, no lo consiguió y eso la hizo sentirse frustraba. Quiso jugar, leer un libro que hacía muy poco había adquirido, recostarse en el césped recién cortado y mirar las nubes e imaginar formas en ellas; eran actividades que en otro día normal la habrían divertido mucho, pero ninguna le resultaba agradable.

Se encontró con una amiga de su colegio que casualmente paseaba con su familia ese día. Ella invitó a Samantha a un pícnic que sus padres habían organizado para ella por su cumpleaños. La niña aceptó acompañarlos sin mucho ánimo. Pasó la tarde junto a la familia de su amiga. Todos cantaban y reían menos ella. No podía sacar de su cabeza ese presentimiento negativo que había estado presente todo el día.

Eran las siete y media de la noche, ella ya tenía que regresar a su casa. Los padres de su amiga ofrecieron llevarla, pero Samantha declinó su propuesta. Quería pensar en todo lo que estaba sintiendo, así que caminó por las calles solitarias de los alrededores del parque, hasta que, a dos cuadras de su casa, miró a unos hombres de aspecto sospechoso y nada agradable que caminaban en su dirección. Ella fingió valentía y coraje, intentó ignorarlos y seguir su camino, pero fue inútil; los hombres la observaron llenos de lujuria y la siguieron por la calle larga que necesitaba recorrer para llegar a su casa. Ella, asustada y sin saber lo que estaba pasando, decidió tomar una ruta alterna para poder



despistarlos, pero sin darse cuenta se metió en un callejón frío, oscuro y solitario donde lo único que se escuchaba eran las risas de los hombres que la perseguían.

Lo que pasó después fue muy rápido para ellos, pero dolorosamente lento para Samantha. La agarraron por detrás y empezaron a manosearla; ella, muy asustada, intentó zafarse, pero fue inútil, pues le ganaban en fuerza. ¿Qué puede hacer una indefensa niña cuando dos hombres fuertes y probablemente borrachos quieren hacerle daño? Nada, esa era la respuesta que inundaba los pensamientos de Samantha. No podía hacer nada. Fue en ese momento cuando a la pequeña niña le quitaron lo más preciado que tenía: su inocencia. Ella solamente pensaba en su madre, en su hermana y en toda la vida que tenía por delante.

Una vez terminado el horrible acto, ella se atrevió a decir las palabras que resonaron en la calle, dos palabras que a veces no tienen respuesta alguna, pero que para Samantha eran muy importantes:" ¿Por qué?". Cuando las dijo, los hombres, aturdidos y fuera de sí, sintieron que el miedo inundó sus corazones. Entonces intentaron ahorcarla, pero al ver que la pobre niña seguía con vida, cogieron lo que tenían a la mano, un tubo roto que estaba por ahí, y golpearon su cabeza una, diez y muchas veces más, hasta asegurarse de que en ella no quedara nada de vida.

La madre de Samantha, preocupada y trastornada, al ver que su pequeña niña no llegaba a casa, salió a buscarla por las calles, pero no la encontró. Fuera de sí, llamó a la Policía. No pudieron darle noticias de su hija hasta la mañana siguiente, cuando un vagabundo informó a las autoridades acerca de un cuerpo que yacía sin vida, totalmente desnudo y destrozado, en un callejón. La Policía inmediatamente supo que se trataba de la pequeña Samantha e informó la trágica noticia a su madre. Ella, destrozada, imploró a la Policía que encontrara a los responsables de la horripilante muerte de su niña, la luz de sus ojos. Una semana después lograron encontrar a los hombres. Ellos se justificaron diciendo que no sabían lo que hacían, que habían estado bajo los efectos del alcohol.

La madre supo entonces cuál había sido el mal presentimiento que acosaba a su hija, sin que pudiera hacer nada. No logró evitar el día de su muerte.




**MARCIA VERÓNICA VARGAS**
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Charles Darwin.

# Cuento de Yanahurco

Hace muchos años había una hacienda llamada Yanahurco. Esta no estaba exactamente en Yanahurco, sino en Cachiloma, y en Yanahurco solo estaban el corral y algunos animales como vacas y borregos. La hacienda la administraba Amador Muñoz, él era el dueño y jefe de los terrenos de Táscalo, Wingopana, Jatumpungo, La Ménica, etc.

El patrón hacía trabajar a toda la gente que vivía a su alrededor: niños, niñas, adultos, toda la gente, incluidos mi abuelito y mi papá. A las mujeres les decían que cocinen, pero poca comida. En esa temporada se sembraba solo cebada, así que hacían cortar la cebada a todos, hombres y mujeres, y algunos iban a pastorear las ovejas, las vacas, etc.

La gente recogía lo que quedaba de la cebada pero el patrón no les dejaba y ordenaba a un mayordomo, que se llamaba Pascual Toapanta, que viera que la gente no se llevara las sobras. Él era muy malo, tenía un caballo blanco en el que venía montado para impedir que la gente se llevara los productos de la hacienda.

En cambio, había otro mayordomo, que se llamaba Pacho Yánez, que también ordenaba a la gente, pero era muy bueno. Él



no decía nada, pero de todos modos la gente trabajaba gratis, sin ningún salario.

El patrón Muñoz ordenaba a los trabajadores que cada año le dieran el diezmo, que consistía en dos borregos: una hembra y un macho. La gente iba a entregárselo al patrón para que no les maltratara y luego tenían que cuidar a esos mismos borregos. Además, el patrón hacía una fiesta en la misma hacienda, con toros y juegos pirotécnicos, y no invitaba a la gente.

Los trabajadores, cansados, se empezaron a reunir a escondidas todas las tardes, después del trabajo, en una casita de paja. Querían ser liberados, estaban hartos del maltrato. Pero el patrón Muñoz se dio cuenta de que la gente se reunía para planear cómo quitarle sus tierras y empezó a venderlas. Una parte del terreno la compraron los hermanos Rosalino y Samuel Bautista; otra parte, el patrón Pepe Álvarez; y el patrón Tapia también compró unas tierras; así fue vendiendo todo hasta terminar.

Después de que todo pasó, la gente puso una casita de paja en el centro de Yanahurco, donde hacían las sesiones, y ahí también había una pequeña escuelita, que hoy en día es una escuela del Milenio. Me siento orgullosa de tener una construcción grande en mi comunidad y de saber que, después de la esclavitud y el maltrato, contamos con nuestros propios derechos y con el respeto hacia todos para el *buen vivir*.




**FRESIA NATHALY GUZMÁN**
nació en Salitre, Guayas, en 1993. Trabaja en la Unidad Educativa Franciscano Salitre. Su actividad favorita es leer.

# Un día de aquellos

Hace tres años, cuando estaba por terminar la universidad, debía estudiar en doble jornada, es decir, tenía que ir en la mañana a recibir clases y luego en la tarde hasta la noche. Un día de esos teníamos muchas tareas y decidí, junto con otras compañeras, quedarme todo el día en la universidad. Como estaba muy cansada, al igual que ellas, les propuse que fuéramos al patio donde había un área verde para descansar un poco.



Sentíamos un gran agotamiento pero en un par de horas teníamos que estar en clases nuevamente. Al llegar al patio nos quedamos dormidas de inmediato, sin imaginarnos que alguien nos estaba observando por las rejas de la puerta que daba hacia la calle. Cuando nos despertamos, un guardia de esos que cuidaban los carros nos llamó y nos dijo que un chico había entrado y había tomado un teléfono. En ese momento recordamos que había sido tanto el cansancio que algunas nos habíamos quedado dormidas con el celular en la mano. Nos dimos cuenta de que se había llevado el de una compañera; como ella estaba aún medio adormitada no entendía lo que pasaba.

Entonces nos levantamos, corrimos y alcanzamos al chico que había tomado el celular. Mi compañera, muy molesta, le reclamó y el joven se excusó diciendo que había sido una broma. Ella, muy enojada y a punto de golpearlo, le quitó el teléfono de las manos y el joven salió corriendo muy asustado.

Aunque después del incidente me tocaron jornadas muy cansadas en las que sentía deseos de dormir y descansar un poco, enseguida recordaba lo que nos sucedió aquel día en el patio y prefería no decirles nada a mis compañeras.

**KASANDRA MAYERLI TENEMAZA**
nació en Quito, Pichincha, en 2003. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Hermano Miguel La Salle-Atuntaqui. Sus actividades favoritas son escribir, y entrenar fútbol y tenis.

# Era miedo

Es muy difícil comprender el concepto de crecer. Los niños anhelan hacerlo, pues sus padres les cuentan sus historias, que parecen las más grandes hazañas de héroes. Los pequeños viven con la ilusión de poder hacer algo parecido algún día… Ese no fue mi caso, yo nunca quise crecer.

Tal vez era por miedo. A mí nadie me contó cómo sería esto, nunca tuve ni la más mínima idea. Asimismo, jamás aprendí lo que es un raspón de rodillas después de una caída en bicicleta,

nunca escuché un cuento de hadas para dormir, ni mucho menos recibí un beso de buenas noches.

Era solo una niña de cinco años que jugaba con su hermano mayor dentro de casa, porque no se nos permitía salir. "Es peligroso", decían, pero no entendíamos por qué. Se acercaba mi cumpleaños, nunca me había llamado la atención esa celebración, solo había visto las que habían organizado para mi hermano, pero el abuelo insistió en que se hiciera una para mí. Ahora pienso que él sospechaba lo que iba a pasar. Unos días antes de que llegara la fecha lo mataron; él era el más grande héroe que había conocido. Ese día mi miedo a crecer se hizo total y entonces entendí cuál era el peligro del que hablaban mis padres… Sin soplar las velas de la tarta ya había pedido mi deseo: no crecer más.

Siempre había pensado que cuando las personas morían, solo cerraban sus ojos y se iban despacio para que no les doliera. Pero el abuelo no cerró sus ojos, él nunca se fue… Al menos eso era lo que quería creer. Había dejado una carta, que en ese entonces aún no podía leer. Cuando aprendí a hacerlo supe que en la primera línea decía: "Léela cuando ya no tengas miedo". Y yo aún lo tenía.

Pasaron los años y todavía no podía leer aquella carta. En todo ese tiempo había abierto los ojos, me había dado cuenta de que en la vida real no existen esas frases de película, que las historias de amor solo existen en las canciones, que las personas cuentan mentiras, que siempre será más fácil perdonar que olvidar, que las cosas nunca vuelven a ser las mismas y que, por desgracia, en algún momento, los niños dejamos de ser niños.

¿Qué opinan?¿Qué ha pasado con nosotros? Los chupetes se han convertido en cigarros, el agua en vodka, las bicicletas en autos, los besos en sexo. ¿Recuerdan cuando volar significaba

columpiarse muy rápido? ¿Cuando protección significaba utilizar casco al montar en bicicleta? Qué tiempos aquellos, ¿cierto?

Ahora escucho hablar acerca de que los jóvenes tenemos problemas. Algunos son drogadictos, otros alcohólicos, bulímicos, anoréxicos, depresivos… Dicen que detrás de todo esto está la familia, es cierto, pero nosotros somos los responsables directos de tomar las decisiones de nuestras vidas. Muchos de nosotros crecimos dentro de una burbuja, aislados de lo que realmente es el mundo, y por eso hoy nos hemos equivocado mucho, tanto como yo, algunos incluso más. Jóvenes con miedo… miedo de crecer. Así deberían llamarnos.

Es cierto que a mí nadie me enseñó cómo vivir esto; “adolescencia” la llaman. Cuando era niña, mis padres nunca me



dejaron salir. Ahora entiendo, me estaban protegiendo, tal vez no de la manera correcta, pero lo hacían. Yo crecí con miedo toda mi vida, encerrada en una burbuja, donde la única luz que hacía que no me hundiera del todo era el niño que vivía esa vida conmigo.

Nunca me faltó nada, me refiero a lo material. Si yo quería algo solo lo pedía y al instante lo tenía. Mi casa no era una simple casa, se convertía en un parque, en una juguetería, una heladería, un cine… Solo bastaba con que lo pidiera y un hogar común se convertía en un paraíso para dos niños. Bueno, eso creía… En realidad, no era un paraíso, sino una cárcel, con derecho a todas las comodidades, pero una cárcel al fin. No se puede cambiar lo que es inevitable, aunque se lo pinte de rosa; bueno, en mi caso de azul, siempre ha sido mi color favorito.

Lo que me faltó fue lo realmente importante, lo que viene del alma, lo que una niña espera recibir de sus padres, un "Todo estará bien" después de la pérdida de mi abuelo. Pero no, apenas me dijeron: "No llores, nadie es indispensable". Ese día mi padre me enseñó a ser fuerte, a no llorar físicamente. Comencé a hacerlo con sonrisas porque con lágrimas todos lo notaban. Si hoy se les ocurre preguntar sobre mí, les dirán que me río por todo, pero sepan que en realidad estoy llorando.

Leí la carta de mi abuelo hace muy poco, cuando entendí que no se puede vivir con miedo toda la vida. Ahora pienso que, si hubiera dejado de sentir temor mucho antes, habría cometido menos errores, de los que aprendí, es cierto, pero también me lastimaron. La chica necia se saltó los instructivos de cómo vivir. El abuelo quiso que nada me lastimara, pero yo era muy cobarde y no pude leer su carta a tiempo, así que tuve que aprender a vivir sin estar preparada.

Vivir con miedo es vivir a medias, la muerte es inevitable, el miedo es para los cobardes, y era el origen de mis problemas, a los muertos de miedo nadie les lleva flores, los errores hacen a una persona más grande.

Hoy ya no tengo miedo y con eso no quiero decir que mis problemas se hayan acabado, tengo muchos y vendrán muchos más, pero ahora mi vida se basa en un consejo al final de una carta: "Que ser cobarde no te salga tan caro y nunca dejes que tus problemas sean consecuencia del miedo".

Cuando crezca, porque lo haré, si no llego a cumplir alguna de mis metas, nunca se dirá que no las alcancé por culpa del miedo. Ahora entiendo que este sentimiento era el gran problema de mi vida.

**FERNANDO FRANCISCO ZURITA** nació en Quito, Pichincha, en 1986. Trabaja en la Unidad Educativa Dr. José Ricardo Chiriboga Villagómez. Su actividad favorita es componer líricas.

# El presente o el pasado

Todos los seres humanos tenemos muchas anécdotas. Hay algunas que recordamos y otras que no. En esta ocasión, les deseo compartir algunas de las mías. Nací el 22 de diciembre de 1986, estoy por cumplir treinta y un años. Mi papá es docente y mi mamá se dedica a las tareas del hogar. Tengo seis hermanos. Teníamos un puesto de venta de periódicos ubicado en Solanda, en el sur de

Quito, lo atendíamos los fines de semana. Desde muy pequeños, mis hermanos y yo ayudábamos a mi padre en este negocio. Él me mandaba a vender dos o tres diarios. Me gustaba mucho gritar y que me los compraran lo más rápido posible. Mi papá se sentía muy feliz. Me acuerdo que yo solía ir con él a Tumbaco a estudiar todos los días. Madrugábamos a las cuatro y treinta de la mañana y regresaba a casa muy tarde. Sin embargo, no todo era alegría. Durante mi crecimiento fui testigo de los maltratos que mi padre le daba a mi madre por causa del alcohol.

Él también podía ser muy descuidado. Una vez, me llevó hasta una panadería donde me compró una empanada y un Tampico y me dijo: “Ya vuelvo”. Era más o menos la una de la tarde. Pasaron las horas hasta que se hizo de noche, yo no tenía dinero y me pasé entrando y saliendo de la panadería. Eran las nueve de la noche y ya iban a cerrar, cuando el dueño me dijo:

—¿Y su papá?

—Ya mismo ha de venir —le respondí. Pero nunca llegó.

Al notar eso, el dueño de la panadería me dijo:

—¿Sabe algún número de teléfono?

—Sí, el de mi tía Blanca.

La llamé y le dije que le avisara a mi mamá para que me fuera a ver. El viaje desde la casa era de más o menos dos horas y media y el dueño del local ya quería cerrar. Yo le dije que conocía dónde quedaba mi escuela y que esperaría a mi madre allí. Entonces el señor, muy amablemente, me llevó en su vehículo y me dejó con don Amable, el portero.

Tiempo después llegó mi papi alcoholizado con sus demás compañeros a la casa de don Amable. Yo salí alegre a verlo, él me abrazó y le preguntó al portero quién me había ido a dejar. Llamé

nuevamente a mi tía para decirle que ya no se preocuparan porque estaba con mi papá y todos se tranquilizaron. Sucedieron muchas cosas similares por causa del alcohol.

El tiempo fue pasando. Cuando tenía diez años descubrí un juego donde se metía una moneda y, si caía en el símbolo que yo elegía, ganaba dinero. Resulta que me volví adicto y una vez llegué al punto de gastarme lo obtenido por la venta de los periódicos. Después me preocupé mucho porque sabía que mi papá me iba a dar una de esas palizas que no se olvidan. Estaba con Rubén (mi ex cuñado) que era dos años mayor y me acompañaba a vender el periódico. Él me ayudó a pensar qué hacer para conseguir la plata. Fuimos a donde un cliente que tenía una vidriería, Rubén le pidió prestado el baño mientras yo le dejaba el diario. Cuando salió me contó que adentro había prendas de vestir de los trabajadores del dueño y que en una chompa había un *walkman* (reproductor de música). Entonces fui yo quien pidió el baño. Ya adentro empecé a esculcar las prendas hasta que encontré el aparato que podría salvarme del apuro. Me temblaba todo el cuerpo y no sabía si robármelo o no, pero me puse a pensar en lo que me iba a pasar si no le daba la plata de las ventas a mi papá, así que procedí con el hurto y busqué a alguien que me lo comprara.

En la noche, después de haber acabado de vender el resto del periódico y tener completo el dinero, escuché unas voces en la planta baja de mi casa. Eran los dueños de la vidriería que estaban hablando con Rubén y le exigían que les devolviera el *walkman* o si no llamaban a la Policía. Cuando bajé a ver qué sucedía me empezaron a interrogar, pero yo lo negué todo. Por desgracia, en ese momento bajó mi hermana, que tenía como siete años, y escuchó lo que estaba ocurriendo. Ella fue rápidamente a avisar a mis padres. Los señores solo pedían que se les devolviera el

objeto. Al principio nadie dijo nada hasta que empezaron a llamar a la Policía. Entonces Rubén les contó dónde yo lo había vendido. Ese momento sentí una vergüenza que no olvidaré en mi vida, mis padres me dieron una paliza que recuerdo hasta la fecha. Desde ahí todo cambió, dejé de ser El de Oro, como me apodaban.

Después de un tiempo mis padres se dieron cuenta de que les habían estado robando el dinero de las ventas que solían guardar en un cajón que tenía el espaldar de su cama. Como yo ya había tenido mi falla, me echaron la culpa a mí. Me había convertido en la oveja negra de la familia. Qué impotencia e iras me dieron en ese momento. Me puse a llorar y mi mamá, viéndome a los ojos, me dijo: "Devuélveme la plata, ladrón, a mí no me engañas con tus lágrimas de cocodrilo". Esas palabras me causaron mucho dolor. Mi papá me dijo: "Prefiero ver a un hijo muerto que ladrón". Esa es una frase que tengo presente hasta el día de hoy. Parecía que todos estaban en mi contra, me trataban como a un extraño, nadie me dirigía la palabra ni nada por el estilo.

Poco después a mi madre se le desapareció algo de dinero. Yo encontré un saco colgado en el espaldar de mi cama; al rato de doblarlo, sentí un bulto en uno de sus bolsillos, ahí estaba una plata. Yo fui inmediatamente a dársela a mi mamá pero ella me dijo: "Tú mismo te has de haber robado". Qué tristeza sentía el saber que ella ya no confiaba en mí.

El dinero de las ventas continuó desapareciendo. Un día mi papá fue hasta el puesto de la iglesia donde yo vendía y me revisó hasta las medias. Claro, como siempre, pensaron que yo era el culpable. Mis padres dejaron de ponerme atención, me sentía tan solo que empecé a llevarme con mis amigos del barrio, ellos parecían comprenderme. Pasé así hasta que llegué al colegio. Desde primer curso tuve problemas de indisciplina, me gustaba

pelear, ponerles sobrenombres a los profesores, fugarme, etc. Me quedé a supletorio en casi todas las materias. Me sentí arrepentido y le pedí a Jehová que me ayudara a pasar, le prometí que si lo hacía iba a portarme bien. Con gran esfuerzo, logré pasar de año.

Empecé el siguiente con todas las ganas, todo marchaba bien hasta que de nuevo me comencé a llevar con los más problemáticos. Esa vez reprobé el año, ni siquiera avancé a los supletorios. Mis padres me cambiaron a otro colegio, pero fue peor, porque empecé a llevarme con gente que estaba en pandillas. Luego formé parte de una, empecé a tomar, robar calculadoras, plata, todo lo que podía. Íbamos a las discotecas en grupo, me festejaban mis cumpleaños; se podría decir que intercambié a mi familia por la pandilla.



Después de dos años me cambiaron nuevamente de colegio. Continué con mis andanzas, ya no pertenecía a la pandilla antigua, sino que yo, junto con dos amigos de mi barrio, formé mi propio grupo. Llegamos a coger fuerza, fuimos una de las pandillas más nombradas. Para eso, las calles y las manos tuvieron que mancharse de sangre. Teníamos armas, con las que realizábamos asaltos, drogas, mujeres, alcohol, música y todo lo relacionado con el mundo de la calle. Llegamos a ser más de mil integrantes, entre hombres y mujeres. Me gustaba vestir con pantalones bombachos, gorros, aretes, cadenas, pañoletas, etc.

Mi mamá ya no podía frenarme por más golpes que me diera. Cuando estaba en cuarto curso la rectora de la institución me encontró un arma de fuego y me acusó de querer matarla. Pero eso no era verdad, esa pistola era mi protección en las calles. No sabía cómo explicarles a mis padres sobre eso, así que decidí fugarme del colegio y de la casa. Pasé como cuatro meses sin volver a mi hogar. A veces mis amigos me ayudaban metiéndome calladito a su casa a dormir. En otras ocasiones me amanecía recorriendo las calles, dormía en los parques, para comer solía irme a los colegios a la salida, los que podían me brindaban algún alimento. Empecé a extrañar mi cama, la televisión, la comida, que a veces no me gustaba, y muchas otras cosas, pero mi orgullo pudo más.

Sobreviví de esta forma hasta que una vecina me encontró y me llevó de nuevo a la casa. Hablé con mis padres y volví con ellos, pero continué con mi grupo. Llegaba herido, golpeado, cortado. Mi mamá me decía que cambiara, pero ya no le hacía caso, le respondía que eso sucedía por su culpa, por haberme acusado de cosas que yo no había hecho. Con el tiempo se descubrió que el que robaba era mi ex cuñado Rubén.

Mis padres habían hablado con mi hermana diciéndole que se alejara de mí, que era una mala influencia. Jamás en mi vida quise hacerle daño, siempre la protegía. Me ayudó cuando me fui de casa por segunda vez, me llevaba comida a escondidas, solo ella sabía dónde me encontraba. Yo le decía que si le avisaba a mi papá dónde estaba no le iba a parar bola nunca más y me iba a volver a escapar, y ella nunca me delató. Mi padre me quería hacer coger por los militares y los policías para que me llevaran al cuartel o me metieran palo para que recapacitara, pero nadie pudo dar conmigo. Luego quiso meter presos a mis amigos. Entonces le llamé y le dije que estaba bien y que no tenía por qué hacer eso. Él me dijo: "Solo quiero que te vayas al cuartel". Sentado en una vereda me puse a pensar y me dije: "Allá he de estar mejor, siquiera he de comer y he de dormir en un colchón".

Volví a casa, hablé con mi familia y me dijeron que me iban a ayudar con lo que necesitara para el cuartel. Hice mi conscripción y, cuando salí, inmediatamente me mandaron al Oriente, no podía volver porque me querían matar. Trabajé en el Coca por dos años y medio. Luego regresé a Quito y los problemas entre pandillas se habían suavizado, pero me topé con gente de la calle nuevamente y empecé a llevar un estilo de vida peor que el de antes. Me dediqué de lleno a las drogas, la venta de estupefacientes, la delincuencia y la música. Esta última es lo mejor que me ha pasado y me ayudado a salir adelante.

Mi papá me continuó apoyando para que estudiara, aunque al principio le tomé como si fuera una burla de su parte. Yo seguía en ese infierno de las drogas, mi adicción era tan fuerte que a veces consumía por casi toda una semana, ni siquiera comía y no podía ni dormir. Intenté suicidarme varias veces. Después de consumir

tanto, siempre le decía a Jehová que esa sería la última vez y botaba toda la droga que tenía para supuestamente empezar “mi cambio”. Pero nada que ver, dos días era lo máximo que aguantaba sin ella.

Así viví hasta el 9 de septiembre del 2010, fecha en que mi familia decidió meterme a una clínica de rehabilitación. Los que me capturaron me sacaron de la universidad y me llevaron a Ibarra, donde pasé internado por varios meses. Tuve suficiente tiempo para reflexionar y cambiar de mentalidad. Hoy llevo siete años de recuperación, soy docente-inspector, me gano la vida honradamente, hago música rap para concientizar a la gente, mi familia ha cambiado conmigo totalmente. Le doy las gracias Jehová por haberme dado vida y sabiduría para vivir en el presente y dejar todo lo malo en el pasado.




**ERIKA JACQUELINE SANTOS**
nació en Riobamba, Chimborazo, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato del Colegio Particular Nuevo Mundo. Su actividad favorita es entrenar taekwondo.

# El secreto

Valeria era una mujer hermosa, valiente y dispuesta a todo. Un día conoció a un hombre. Con el paso del tiempo se volvieron amigos y, después, se convirtieron en algo más. En poco tiempo se casaron, pero sin la bendición de los miembros de la familia de la chica; ellos decían que era muy joven para contraer matrimonio y que debía conocer mejor a su novio.

Pero Valeria estaba tan enamorada de él que no quiso pensarlo dos veces y se casó enseguida. En un inicio fue un matrimonio

feliz. Ella se sentía dichosa con una vida plena y un trabajo estable, un hermoso hogar y un esposo que la respetaba. "Me he ganado la lotería", pensaba siempre. Lamentablemente, después de unos meses, su marido fue despedido y Valeria tuvo que empezar a trabajar horas extras para mantener la casa. Llegaba tarde del trabajo, casi no dormía y comía muy poco. Mientras tanto, su esposo empezó a tomar frecuentemente con sus amigos en un bar. Volvía a casa con olor a alcohol. La pareja discutía más y más.

Ella tenía miedo de contar a sus padres lo que estaba ocurriendo, ya que ellos se lo habían advertido, así que prefería callar. Consiguió otro trabajo en un restaurante, pero lo poco que ganaba, su marido se lo gastaba en alcohol. Las peleas aumentaron y Valeria se sumió cada vez más en la desesperación.



Un día sucedió lo que ella más temía: su esposo, muy ebrio, la golpeó bruscamente, la llevó a rastras a la habitación y le lanzó un florero de vidrio a la cabeza. Valeria se empezó a desangrar. En medio de su tormento, se puso a pensar en cómo su vida había cambiado tanto; en un abrir y cerrar de ojos se encontraba sola, sin familia, indefensa. Lo que hace poco había sido un matrimonio feliz y fuerte, se había destruido. Se sentía débil y veía todo borroso, no tenía voluntad para seguir, había perdido la poca fe que tenía en salvarse. De repente, escuchó que la puerta se abría de golpe y muchos policías con armas entraron a la habitación. En ese momento, la mujer se desmayó.

Unos días después, despertó. Una mujer estaba sentada al lado de ella. Le dijo: “Hola, Valeria. Soy Amada, tu vecina. Siempre escuchaba cómo tenías peleas con tu marido y él te maltrataba, pero no encontraba la forma de ayudarte. La última vez escuché que te estaba golpeando, no aguanté más y llamé a la Policía. Cuando ellos entraron no sabía si ibas a sobrevivir, ya que las heridas eran muy graves, pero tú eres muy fuerte y lograrás seguir adelante”.

Fue así como terminaron los abusos de un marido terrible y empezó una bella amistad entre ambas mujeres.




**CECILIA DEL CARMEN JIMÉNEZ**
trabaja en la Unidad Educativa Especializada Gladys Flores Macías.

# Un miedo injustificado

Tenía nueve años y el miedo invadía todo mi cuerpo. No hallaba un lugar tranquilo. Y él me seguía y me seguía. Cambié de lugares y de horarios. Sin embargo, mi curiosidad era más grande que el miedo, porque después de un tiempo quise volverlo a ver. Entonces regresé a misa los domingos y los jueves. Allí estaba, yo

no dejaba que notara mi presencia. Lo miraba desde lejos, desde mi escondite.

¡Estaba solo! ¡Qué inquietante era ver a ese pequeño ser con cara regordeta, ojos achinados, labios gruesos, mientras caminaba balanceándose como un pato, de lado a lado, lentamente y con la manía de hacer girar un anillo sobre su dedo! ¿Que decía? ¿Acerca de qué conversaba? Nadie lo entendía. Para mí, su voz era gruesa, torpe, sin sentido.

Un domingo, al fin, sin que yo lo haya sentido, él se sentó a mi lado, en una larga banca de madera donde no había nadie más. ¡Qué miedo! Me puse a temblar y escuché un "hola" ronco. Sentí que mi alma se iba navegando por el firmamento. No respondí, callé, y otra vez oí un "hola". Entonces me di cuenta de que en realidad quien estaba a mi lado no era nada más que un adulto con alma de niño. Lo miré y entendí que mi miedo era totalmente gratuito. Recordé entonces las palabras de mi vecina: "No te acerques a ese guambra, es *mongolito*". Fue un error mío no haber preguntado qué quería decir eso, solo me dejé sacudir por el miedo.

Pasaron algunos domingos y yo me seguí sentando junto a él. Supe su nombre, Rodrigo, por cariño algunos lo llamaban Llogo. Poco a poco, el miedo se convirtió en nada, pues no había nada que temer. Él no me hacía daño y me demostraba su cariño tendiéndome la mano.

Poco después ya no solo lo veía los domingos y jueves, sino también los lunes, martes, miércoles y viernes. El sábado no porque iba al mercado con mi mamá y no podía perderme el pedazo de sandía con el que me premiaba por la compañía.

Llogo, los vecinos del barrio y yo jugábamos hasta el cansancio. Cuando sonaba la sirena de las seis, todos corríamos a las casas,



antes de que nuestras mamás salieran a gritarnos. Llogo también corría, a esa hora su padre pasaba en un taxi y lo recogía en la esquina de la panadería para llevarlo a casa, donde su madre lo esperaba. Pasó mucho tiempo para que se enterara de que su hijo jugaba con nosotros en el barrio.

Viví mis años de adolescencia y juventud fuera de mi linda Guaranda y regresé graduada en el área de psicología infantil. Entonces hice todo lo posible por trabajar con chicos como Llogo, que padecen síndrome de Down, a quienes la gente conoce erradamente como *mongolitos*. Entendí que esa era mi misión. He trabajado junto a ellos cerca de veinte años, haciendo lo que me gusta ¡y encima me pagan! ¡Qué belleza!

Desde hace años perdí el miedo a cosas absurdas y aprendí que este permanece junto a ti hasta cuando tú te animas a alejarlo. También me di cuenta de que no debemos creer todo lo que dicen las personas, porque muchas veces nos transmiten sus propios miedos.

Todos, a pesar de ser diferentes, somos iguales. Existe un solo mundo para vivir, debemos compartirlo, respetándonos, queriéndonos y buscando la felicidad, tan efímera y volátil. Esta se puede encontrar en las cosas sencillas que nos da la vida, como el saludo de un amigo, el despertar en la mañana o el cumplir con nuestro trabajo. Nuestros verdaderos miedos justamente deberían ser perder a un amigo, no despertar una mañana, quedarnos sin trabajo.




**JESSICA ESTEFANY CUENCA**
nació en Quito, Pichincha, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Plutarco Cevallos. Su actividad favorita es jugar básquet.

# La niña de botella

Esta es la historia de Mariana, una niña de siete años, que junto con su madre, Miguela, se dedicaba a la pepena de botellas. Su padre, Alberto, era un hombre alcohólico y no trabajaba. Esta familia no tenía un hogar en buenas condiciones, estaba hecho con tablas recolectadas y algunos materiales regalados.

Alberto golpeaba a su esposa cuando no le daba el dinero para comprar su botella de alcohol y no dejaba estudiar a su hija, la maltrataba y le decía que era una niña botella, una basura, que solo

las personas con dinero tenían derecho a estudiar. Él siempre las mandaba a buscar botellas en los basureros para luego venderlas y con ese dinero comprar alcohol.

Una tarde, mientras recogían las botellas, Mariana encontró un libro entre la basura. Resultó ser el cuento de Pinocho. Siempre que llegaba a casa lo escondía al recordar que a su papá no le gustaba que ella quisiera estudiar. Cuando salía con su madre le pedía que le leyera el cuento, ya que ella no sabía hacerlo. En una parte de la historia un hada convertía a Pinocho en un niño de verdad. Cuando su madre leía ese fragmento, Mariana le decía que le gustaría tener un hada que la convirtiera en una niña de verdad, ya que su padre le decía que ella estaba hecha de botellas.



Un día su padre la sacó a jalones de su casa para que fuera a comprar su botella de alcohol. Al momento de cruzar la calle, Mariana escuchó un fuerte sonido: un vehículo había logrado frenar a pocos centímetros de ella. Fue entonces cuando conoció a Paulina, quien era maestra de una escuela cercana. Ella le preguntó si se encontraba bien y por qué tenía una botella de alcohol en sus manos. Le dijo que debería estar estudiando.

Mariana pensó que ella era el hada del cuento de Pinocho y fue corriendo a casa para avisar a su madre. Paulina le dijo a la madre de Mariana que la niña debía estar estudiando. Ella al principio no quería permitir que su hija fuera a la escuela por miedo a su esposo, pero Mariana le rogó para que la dejara ir, ya que era su gran sueño. Su madre terminó aceptando. Mariana empezó a ir a la escuela a escondidas de su padre, quien poco después lo descubrió.

Un día Mariana y su madre regresaron a casa y se encontraron con Alberto, quien ya sabía todo. Empezó a golpear a su esposa pero Mariana salió corriendo en busca de su maestra Paulina. Ella las ayudó, las llevó a su casa, les ofreció su total apoyo y denunció a Alberto.

Mariana entonces pudo cumplir su gran sueño de estudiar y su madre consiguió trabajo. Desde ese día Miguela y su hija ya no sufrieron ningún tipo de maltrato y retomaron sus vidas dándose una nueva oportunidad.

**RAÚL OSWALDO CALDERÓN**
trabaja en la Unidad Educativa El Camino.

# La migración no solo es una noticia

¡Pasajeros con destino a Norteamérica, abordar por la puerta uno!

Una hora cualquiera, de un día cualquiera, en un mes cualquiera, de casi todos los años, alguien se va; no emigra porque quiere irse, lo hace porque siente que no puede quedarse.

Sentado y con las manos en el rostro, se hace cientos de preguntas o la misma pregunta cien veces: "¿Qué puedo hacer?". Siente que todas las puertas se le están cerrando, que los caminos le conducen a un mismo final. Mira hacia los lados y descubre a una familia a la que cuidar, hijos a los que educar, bocas a las que alimentar, deudas que pagar... Descubre que no está solo, y que con las caricias las manos vacías duelen menos, pero duelen al fin.

Vender el terreno, hipotecar la casa, hacer un préstamo para el viaje fue la única solución, la salida que apareció en su cabeza y no pudo ver otra. En el extranjero se ganará mejor y se pagará la deuda bien rapidito; además, serán solo unos pocos meses hasta reunir algo de capital para empezar con un negocio. Su futuro es incierto, pero ya no puede quedarse.



¡Pasajeros con destino a Europa, abordar por la puerta tres!

Los viernes por la noche, acompañado por las notas de una canción nacional, alguien dice: "Emigrar no es quedarme aquí, es no poder regresar a mi patria".

Sentado y con las manos cruzadas, vuelve a preguntarse: "¿Hasta cuándo estaré aquí?". Mira hacia los lados y se encuentra solo, sin su familia, sin hijos, incluso sin deudas. Aun con dinero en las manos, la soledad duele tristemente.

Ya se pagó lo que se adeudaba, es hora de volver. Bueno, ¿y si compramos un carrito, una casita, otra casita, un terrenito, otro carrito? ¿Y si traemos a la familia? En una casa para tres personas sí entramos ajustados unos quince. Así podremos trabajar más, no nos sentiremos tan solos y podremos regresar cuando hayamos pagado todo esto y reunido un capital para un negocio. Su futuro queda hipotecado por un tiempo y debe quedarse.

¡Pasajeros con destino a Australia, por favor, tener paciencia, el vuelo saldrá con un retraso de dos horas!

¡Pasajeros con destino a Ecuador, abordar por la puerta cinco!

En una hora precisa, de un día preciso, en un mes preciso de casi todos los años, alguien se dispone a regresar, y descubre que emigrar es volver y seguir sintiéndose extranjero, pero ahora en su casa.

Un poco confundido y aplastado por tanto abrazo, las preguntas se suceden raudas: "¿Quién eres tú? ¿Qué es ese nuevo edificio? ¿Y esta calle? ¿De cuál tío? Ahhh…".

Tú, en cambio, tienes una sola respuesta: "Sí, yo soy ese que se fue hace varios años". Y sientes a tu alrededor un ambiente de amor y costumbres antiguas que ya olvidaste, ya eres solamente el que vino de fuera. El que tiene un terreno inmenso, por allí, y una casa

y otra casa por otro lado, quien espera que sus hijos regresen del paseo con sus amigos en el carro que compró mientras estaba allí.

Ahora tú eres el extranjero, aun en las calles que antes eran cómplices de tus correrías de niño y aventuras de joven; los zapatos suenan distintos al patear las piedras.

Sentado, con las manos en el rostro, piensas: "¿Qué puedo hacer? ¿Volver y ser un inmigrante oficial o quedarme y sentirme como uno? Ya lo pensaré luego. Ahora, a abrir el negocio propio y esperar a que algún día vengan a visitar los hijos que están en el exterior.

A mí me fue bien. Y a los que les fue mal… ¿dónde están?".




**BLANCA DOLORES CACHUPUD**
nació en Flores, Chimborazo, en 1971. Trabaja en el Centro Educativo Comunitario Intercultural Bilingüe de Educación Básica Estanislao Zambrano. Su actividad favorita es la lectura.

# Cuento de la familia pobre

En una comunidad, vivía una familia muy pobre, con muchos hijos, que trabajaba en el campo. Los alimentos, la ropa y la educación hacían mucha falta. Un día, la madre se dio cuenta de que no había nada que comer. Entonces, muy desesperada, salió temprano hacia la loma para pedir ayuda, pero como no se encontró con nadie, regresó a su casa muy triste. Cuando de pronto recordó que

donde los vecinos había una chacra de ocas y se dijo: “Tengo que salir más tarde a traer esas ocas para poder dar de comer a mis hijos y que no se mueran de hambre”.

Más o menos a las siete u ocho de la noche, buscó unos sacos grandes, cogió a su hijo más pequeño y se fue a la chacra de ocas de los vecinos. Cuando llegó empezó a cavar para sacarlas. La pobre estaba muy desesperada, tenía mucho miedo, su cuerpo temblaba, pero siguió en su trabajo. De pronto, su hijo empezó a llorar y llorar. Su madre le dijo:

—¿Qué pasa? Cállate, pueden escucharte los dueños.

Pero el niño siguió llorando. Entonces, ella le dijo nuevamente:



—No llores, cállate. ¿Qué te pasa? ¿Qué comiste?

—*Kayanpiteca, kayanpita* —dijo el niño en kichwa, quería decir que algo le picaba en su boca.

Él, en vez de comerse las ocas, había probado la *mashwa,* que era más amarga.

Los dueños oyeron los gritos del niño y salieron corriendo a ver la chacra. Cuando estaban por llegar, escucharon esas palabras muy raras y se asustaron mucho. Uno de ellos dijo: "Este es Satanás. No, este es un duende. Vámonos", y regresaron temblando de miedo a su casa.

La señora siguió cosechando toda la noche. Al día siguiente, los dueños salieron muy temprano a la chacra a ver las ocas, pero ya no había nada, todo había sido robado.

**JOSELYN BUÑAY** nació en San Miguel de Bolívar, Bolívar, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Institución Educativa 10 de Enero. Su actividad favorita es escuchar música.

# Vidas marcadas

Esta es la historia de una familia muy pobre que vivía en un pueblo llamado San José Obrero y estaba compuesta por cuatro integrantes. Juan, el padre, trabajaba en una mina. María, la madre, se dedicaba a las labores domésticas dentro y fuera de la casa. Sus hijos, Carlos y Camila, tenían ocho y diez años y crecieron mirando cómo su padre se gastaba lo poco que ganaba en beber con sus amigos en su propia casa. Cuando ya estaba borracho, los maltrataba. Su madre, que adoraba a sus hijos, los escondía para protegerlos.

Juan también golpeaba a María. Los niños siempre escuchaban los gritos de desesperación de su mamá por tanto abuso. Aterrados y desesperados, temblaban y las lágrimas brotaban como torrentes de sus tiernos ojos. A pesar de tanto sufrimiento, su madre salía a trabajar para darles de comer a sus pequeños y pagar sus estudios.

Los niños decidieron ayudar a su madre a escondidas. Se pusieron a vender caramelos, limpiar tumbas y lustrar zapatos. A pesar de sus esfuerzos, la situación con su padre no cambiaba; por el contrario, Juan se volvió cada vez más violento.

Un día, por intentar defender a su tierna Camila, la madre cayó y recibió un fuerte golpe en la cabeza que le ocasionó la muerte.



Los dos niños quedaron tristes y muy solos, abandonados frente a su terrible dolor. Cuando se le pasó la borrachera, Juan se dio cuenta de lo que había ocasionado. Sin que le importaran sus hijos, lo único que hizo fue refugiarse en el alcohol.

Los pequeños se sintieron desamparados y decidieron buscar refugio en casa de su abuela. Huyeron de su hogar y caminaron por largos senderos. Después de haber sufrido por las inclemencias del tiempo y con lágrimas en los ojos, finalmente llegaron a su destino. Pese a la pobreza en la que vivía, la abuela, al verlos, no dudó en acogerlos. Los niños la ayudaban a cuidar las ovejas, cargar agua y cuanta actividad hubiese que hacer. Ellos realizaban todo esto muy presurosos. Nunca olvidaron al ser que, sin importarle nada, dio su vida por defenderlos.

En el pueblo, Juan permanecía perdido en el alcohol, sin dinero ni amigos. Cuando regresaba a casa le pesaba que nadie saliera a recibirlo. El llanto, la soledad y el dolor que sentía lo hicieron recapacitar. El recuerdo de su esposa y sus hijos se convirtió en su fortaleza para poder realizar su rehabilitación. Cuando esta terminó, Juan arregló su casa y buscó trabajo. Una vez que estuvo todo listo, emprendió el viaje para buscar a sus hijos.

A pesar de que había transcurrido algún tiempo, los niños sintieron temor al verlo, los recuerdos inundaron sus mentes y corrieron a refugiarse en el regazo de su abuela. El padre, con lágrimas en los ojos y de rodillas, pidió perdón a sus hijos y les contó todo lo que había hecho para curarse y poder estar con ellos. Les rogó que le dieran una oportunidad para demostrarles que había cambiado. Todo lo había hecho por el amor que sentía por ellos y por quien había sido su madre.

Los niños, al ver a su padre arrepentido, preguntaron a su abuela lo que debían hacer. Ella los abrazó tiernamente y les dijo con mucho cariño que Dios aconseja perdonar a todas las personas y que, de hecho, Él había dado el ejemplo al perdonarnos a todos por nuestros pecados. Concluyó exclamando: "¡Hijitos míos!, quizás yo no pueda estar con ustedes por mucho más tiempo. Por eso les pido que perdonen a su padre. Jamás olviden las oraciones que les he enseñado para que puedan vivir en paz con él". Entonces ellos, aún con el dolor en el corazón, decidieron darle otra oportunidad a su papá y regresaron con él.




**GEMA ALEXANDRA BOLAÑOS**
nació en Tulcán, Carchi, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Vicente Fierro. Su actividad favorita es jugar fútbol.

# La gran lección de Navidad

Había una vez un niño llamado James. En su habitación tenía todo tipo de juguetes porque sus padres habían vuelto una costumbre regalárselos por sus buenas calificaciones; pensaban que eran una buena motivación para su hijo. Incluso tenía algunos repetidos.

Faltaba pocos días para la cena de Navidad, cuando llegó de visita la abuela Irma decidida a llevar a James, su único nieto, a pasar las vacaciones en su casa de playa, para cambiar un poco la rutina. A él le preocupaba estar durante ese tiempo sin todos sus juguetes y los lujos a los que estaba acostumbrado.

Su abuela le preguntó si ya estaba listo y él dijo:

—¿Puedo llevar algunos juguetes?

Ella respondió:

—No serán necesarios.

Al llegar a la casa en la playa descansaron y después decidieron ir a tomar un helado. Al día siguiente, James empezó a extrañar sus juguetes. Mientras caminaba por la orilla del mar, observó a unos



niños que jugaban con unas piedras y hacían sonidos de carros. Él les preguntó:

— ¿Por qué no juegan con carros de verdad?

Uno de los niños le respondió:

—A nuestros padres no les alcanza para comprarlos, ya que obtienen dinero para la comida de cada día con mucho esfuerzo.

Después de escuchar eso, James quedó sorprendido y sin palabras. Todo el camino pensó en que él, en su cuarto, tenía juguetes repetidos mientras que a otros niños no les daban ni un solo carro para divertirse.

Cuando llegó el momento de regresar a su casa, James subió al carro y los niños se acercaron a desearle un buen viaje. Él les agradeció y les dijo que algún día regresaría.

Cuando finalmente llegó a su casa, abrazó fuertemente a sus padres pidiéndoles una disculpa por lo mal acostumbrado que estaba a recibir algo que lo motivara, mientras que otros niños no recibían nada. Al final le agradeció a su abuela por el viaje y la lección que había aprendido.

James se dio cuenta de que no todo en la vida son las cosas materiales sino que importan más los momentos de unión con las personas queridas, y esos el dinero no los puede comprar. Fue a la sala donde se encontraba armado el árbol junto al pesebre y de rodillas le pidió a Santa Claus que esa Navidad fuera diferente a las demás, que todas las familias estuvieran unidas y que en cada casa se brindara por la paz y el amor.

**MARCO EFRAÍN LAHUASI**
nació en Sangolquí, Pichincha, en 1962. Trabaja en la Institución Educativa Jacinto Jijón y Caamaño. Sus actividades favoritas son hacer deporte y leer.

# Migración, ¡un dolor en el alma!

El día lunes 3 de julio del año 2000, fui a abrir mi local de computadoras ubicado en las calles Espejo y España, segundo piso, de la ciudad de Sangolquí. Al principio todo parecía normal. Sin embargo, cuando me dirigí al baño observé unos pedazos de vidrio, abrí la oficina y me encontré con la sorpresa de que no había televisores ni computadoras, las ventanas estaban

rotas. Me habían robado el local. Averigüé a los vecinos, me comentaron que a las tres de la mañana habían visto a dos personas subirse por las ventanas, pero no hicieron nada. Fui a denunciar en la Policía. Cuando los agentes llegaron al local, me preguntaron: “¿Sabe usted quién le robó?”. Les contesté que si lo hubiera sabido ya lo habría denunciado. La pregunta me pareció absurda. Al final el trámite no sirvió de nada.

Este acontecimiento hizo que buscara la ayuda de mis hermanos que residían en España. Vivían allá a causa del fenómeno migratorio que se dio a partir del feriado bancario. Cuando les comenté lo sucedido, ellos me ofrecieron toda la ayuda para que también viajara a ese país a trabajar. Tomé la decisión de ir hacia allá para recuperar lo perdido y sacar a mi familia adelante. Tuve que dejar mi trabajo como docente de la Escuela de Ciencias de la Universidad Central del Ecuador. Acá en nuestro país la situación económica cada vez era más difícil.

Empecé a reunir la documentación para viajar. Obtuve el pasaporte, la licencia internacional para conducir vehículos livianos, saqué el permiso de salida del país; desde España, mi familia me envió la carta de invitación y el dinero que necesitaba para ingresar. El día viernes 13 de octubre del año 2000 viajé en la aerolínea Iberia. Mis padres, hermanos, esposa e hijos me acompañaron al aeropuerto. Dejaba sola a mi familia: Alexandra, de quince años; Mayte, de seis años; Andrés, de cuatro añitos; y mi esposa María. A las tres de la tarde, hora en la que tenía que despedirme para ingresar a tomar el avión, todos llorábamos. Mis hijos me tomaron de la mano y no me querían dejar ingresar. Mis padres me decían: “No te vayas, mi hijo”. Sin embargo, me dieron su bendición. Fueron los momentos más difíciles, dolorosos y

tristes que tuve que pasar al tener que abandonar la patria que me vio nacer.

Me ubiqué al lado de una de las ventanas del lado derecho del avión y, cuando este inició el despegue, pude observar que mis hijos se habían puesto en las mallas de la avenida Amazonas y saltaban. En ese momento me imaginé que ellos lo hacían por la alegría y la emoción. Más tarde me enteré de en realidad se habían desesperado al ver que su padre los abandonaba y los dejaba solos con su madre.

Fueron doce horas de viaje. Llegamos al aeropuerto de Barajas en Madrid, España, al mediodía (en Ecuador eran las cinco de la mañana). Bajamos del avión y nos trasladaron en un autobús a unas oficinas. Cientos de personas estábamos a la cola para ingresar. Cuando me tocó presentar los documentos me dijeron que no podía entrar al país y me llevaron a otro lugar. Recuerdo que los agentes de la Policía de migración me hicieron una serie de preguntas relacionadas con el viaje y siempre mantuve mi versión de que iba de turista. A las dos de la tarde tenía que tomar el otro avión con destino a Murcia, pero no me permitieron ingresar hasta las tres y perdí el vuelo.

Salí del aeropuerto pero no sabía a donde ir. Fui a una cabina telefónica y me comuniqué con mis hermanos que estaban en Murcia. Ellos me dijeron que fuera en taxi a la estación para tomar un autobús hacia esa ciudad. Así lo hice. Mientras íbamos camino a la estación, el chofer me preguntó de dónde era. Yo le dije que era de Ecuador y le averigüé si él conocía en dónde se encontraba mi país. Él me respondió que quedaba en las Antillas. Conocía el Perú de Fujimori, la Colombia del café pero no Ecuador. Cuando llegué

a la estación eran las tres y cincuenta y cinco, estaban cerrando las puertas del último autobús que salía hacia Murcia. Por suerte, me aceptaron como pasajero y pude viajar. Llegué a mi destino a las diez de la noche.

En cuanto bajé del autobús me encontré con mis hermanos y fuimos a unas cabinas para hablar por teléfono con mi familia y padres acá en Ecuador. Fue entonces cuando me comentaron que mis hijos saltaban en el aeropuerto de Quito por la desesperación y tristeza de sentir el abandono de su padre. Recuerdo que mi hija Mayte habló en el teléfono y me dijo algo que jamás olvidaré: "Papito, ¿por qué me abandonaste?". A su corta edad no entendía que me había ido a trabajar en un país muy lejano. Luego fuimos



al departamento y me recibieron mis hermanas y sobrinos. ¡Hasta hoy les agradezco por todo!

El día lunes 16 de octubre fui a trabajar en una empresa avícola, donde debía darles de comer a los pollitos, ponerles agua, etc. Eran miles de aves. Ahí trabajé una semana; para llegar tenía que caminar una hora y coger el autobús. Salía de la casa a las cuatro de la mañana para llegar a las seis e iniciar las actividades encomendadas.

A la siguiente semana, mi hermano me llevó a trabajar en la recolección de limón y naranja. Recuerdo que los árboles se cultivaban sobre ripio y teníamos que coger el producto hincados. Al finalizar la jornada, las rodillas me quedaban enrojecidas, sangrando, y sentía un gran dolor. Jamás en mi vida había realizado ese tipo de trabajo.

Así transcurrieron los días. A la cuarta semana, fuimos a una nueva empresa donde también debíamos recoger limón y naranja. Eran las doce y nuestro jefe, un español, nos pidió que le diéramos nuestros nombres para incluirnos en el rol de la empresa. Le dije que me llamaba Marco Lahuasi. No me entendía, así que se lo volví a repetir, pero siguió sin comprenderme. Entonces le solicité que me diera un esfero para escribir mi nombre. Admirado me preguntó:

—¿Tú sabes leer y escribir?

—Yo en Ecuador era licenciado, profesor de Matemática y Física.

Inmediatamente reaccionó y me preguntó:

—Si eres licenciado, ¿qué haces aquí?

—Trabajar —contesté.

La señora dueña de la finca, que estaba más o menos a tres metros de distancia, logró escuchar este diálogo. Me llamó y me preguntó si sabía Matemática, yo le repetí lo que le había dicho al hombre. Entonces me pidió de favor que le enseñara a su hija que estaba en décimo año. Le respondí que lo haría encantado pero que después me tenía que ir a dejar en Murcia. Nos pusimos de acuerdo y le enseñé algunos casos de factoreo a la chica. A las diez de la noche fuimos a Murcia, que estaba a más o menos a noventa kilómetros de distancia. En el trayecto le conversé sobre mi profesión y que sabía realizar mantenimiento y reparación de computadoras. Entonces me ofreció trabajo en la empresa de su primo, lo acepté y dejé de realizar actividades en el campo.

Todo parecía estar bien y mi situación empezaba a mejorar. Pero, lamentablemente, acá en Ecuador, mi hijo Andrés enfermó. Ya no iba al jardín, tenía mucha fiebre y los médicos no daban con la causa de su enfermedad. Saber que mi único hijo varón estaba mal era muy deprimente. El domingo 19 de noviembre, mi amigo español Juan Manuel, Juanma, me encontró llorando y me preguntó qué me pasaba. Le comenté sobre la enfermedad de mi hijo. Cuando tenía un año le detectaron becegeitis, es decir, bajas defensas en su cuerpo a causa de una mala práctica médica al nacer. Él me hizo reflexionar con una pregunta: "¿Qué pasaría si tu hijo se muere? ¿Valdrá el dinero que tú estás ganado acá en España?". Contesté que no. Entonces me dijo: "Regresa a tu país, no hay dinero que valga a cambio de la vida y bienestar de la familia". Eran sabias palabras. Le hice caso.

El lunes 20 de noviembre acudí a las oficinas de Iberia a solicitar un boleto de vuelta. Me pusieron en lista de espera. No había asientos disponibles durante tres meses, así que me dijeron

que si había algún cupo me lo harían saber. El día jueves 23 de noviembre me llamaron por teléfono y me dijeron que había un cupo para el sábado 25, acepté e inicié el regreso a casa. Salí de Alicante en el vuelo de las seis de la mañana, llegamos a Madrid a las siete y a las ocho despegaba el avión con destino a Quito. Llegué a las cinco de la tarde. En el aeropuerto me esperaban mis padres y mi familia. Ya en casa, mi hijo durmió en mi cama. Al día siguiente, a las diez de la mañana, salimos a jugar fútbol en el parque Santa Clara. Regresamos cansados a las dos de la tarde, nos acostamos a descansar. A las seis nos despertamos y la fiebre había desaparecido. Le pregunté si le gustaría volver a ir al jardín, me contestó que sí, siempre y cuando yo lo fuera a dejar. Le contesté que sí y que jamás lo iba abandonar. Gracias a Dios, hasta la presente fecha todos los miembros de la familia permanecemos unidos.




**ANGÉLICA MARIUXI VANEGAS**
nació en El Oro, en 1979. Estudia en el Módulo 4 de la Campaña Todos ABC de la Unidad Educativa Monseñor Leonidas Proaño-Extensión CRS Latacunga. Su actividad favorita es leer.

# El peor error

"Madre, mamita, no te vayas, no me dejes…".

Sentí que el mundo se me derrumbó con la muerte de mi madre. Semanas después, hundida en la depresión, tomé la decisión de mudarme a la capital. Sin ganas de nada y con malas ideas en mi cabeza, me contacté con el Máster para que me conectara con personas que se dedicaban al crimen. Ese fue el momento cuando cometí el peor error:

relacionarme con actos delictivos. No pensaba en nada, actuaba egoístamente, solo en mi objetivo: apoderarme de un vehículo.

Para ello me valía de mi simpatía, que me facilitaba hacer mis fechorías; cualquier hombre caía. Me subía a su vehículo y el pobre caballero me daba un paseo, compraba algo de comer o bebidas. Yo, en un descuido, aprovechaba para introducir cierta sustancia psicotrópica y así dejarlo dormido; dopaba al pobre señor. Así lograba mi propósito de llevarme el auto.

Esto no es algo que me enorgullezca. Al contrario, me llena de asco y vergüenza. La verdad, no entiendo cómo pude haber sido tan perversa y causar tanto daño. En el año 2015 fui capturada por un agente de inteligencia que me había estado persiguiendo durante cinco años, por un delito cometido en el 2010. Para ese entonces yo ya llevaba tres años lejos de la capital y me dedicaba al contrabando de combustible, que aunque es un delito menor, no deja de ser un crimen. El caso es que ya no me dedicaba al robo de vehículos; de hecho, estaba residiendo en Huaquillas porque quería estar lejos de Quito. Pero eso no evitó que pagara por lo que había hecho.

Ya capturada, fui recluida en el Centro de Rehabilitación de Latacunga. Para mí es un lugar bendito porque allí conocí a Jesús y, gracias a las oraciones del sacerdote Luis, me dieron solo doce meses, cuando podía haber estado presa de cinco a siete años, según el antiguo código. Yo asistía a todas las misas que hacían en el patio y pedía a Jesús que intercediera por mí. Él lo hizo: me iban a dar seis años por los agravantes, pero estos se convirtieron en antecedentes. En febrero del 2016 llegó mi liberación y lo primero que hice fue orar en agradecimiento a nuestro Padre Celestial.

Días después comencé de cero en la calle. Conseguí trabajo en Perú, ya que en Ecuador nadie me quiso dar la oportunidad por

poseer antecedentes penales. Pero en medio de todo fui fuerte, porque tenía que dar de comer a mis dos hijos, Bryan y David. Con un perfil bajo, continué por los caminos del Señor.

Llevaba un año y cinco meses de haber recuperado mi libertad, estaba trabajando y asistiendo a la iglesia. Pero fui tentada por el diablo y volví a delinquir. No es un pretexto lo que les voy a decir, créanme que tuve una gran necesidad económica. Mi hijo, el mayor, no aprobó las pruebas del SENESCYT y la novia quedó embarazada. Yo soy como una madre y un padre para mis hijos y me sentí desesperada, pues no quería desampararlo, no quería dejar al más grande sin estudios, sin una carrera, sin una profesión. Estaba dispuesta a hacer lo que sea.

En Tumbes encontré una universidad económica semipresencial, donde solo se debía asistir los días sábados. Me pareció perfecta ya que de lunes a viernes mi hijo podría trabajar y así ayudar a su novia, que traía un bebé en su vientre, y estudiar los sábados. Pero para ingresar a esta universidad, que por ser peruana era más económica, yo necesitaba para la matrícula, el primer semestre y demás gastos. Sé que esto no justifica la decisión de volver a cometer el peor error para obtener los tres mil dólares que necesitaba para los estudios de mi hijo, pero la verdad es que yo estoy sola, no cuento con el apoyo de nadie en absoluto.

Fue tanta mi desesperación por no dejar sin futuro a mi hijo, sin profesión, que fui débil y recaí en el crimen. Pagué por ello, pues actualmente me encuentro recluida en el CDS Latacunga con una condena de apenas ocho meses; digo apenas porque, una vez más, nuestro Padre Celestial no me abandonó. Gracias a mis súplicas, por medio de la oración, algo inexplicable sucedió, ya que para Dios nada es imposible: se me cambió el delito por el que fui condenada y me dieron apenas ocho meses, cuando inicialmente me iban a tocar cuarenta, si me acogía al abreviado.

Aún tengo otro proceso en mi contra, pero tengo fe y la certeza de que Jesús es mi pastor y nada me faltará.

La convivencia en este lugar es muy difícil por las distintas costumbres y culturas. El hacinamiento, la falta de entretenimiento y las diferencias religiosas empeoran las cosas. Existen personas que en realidad son inocentes, pero muchas son culpables: ex policías, políticos, choferes, gente de la farándula, personas peligrosas, etc. Y yo, la tontita que volví a caer en el peor error.

A veces no entiendo ni comprendo cómo es que me torcí tanto, el porqué de estas malas acciones de mi parte, si yo me crie en un hogar común, con dificultades como todos, pero lleno de amor. Mi padre era un hombre humilde y de buen corazón, un jornalero que nunca dejó que faltara el pan en la casa. Mi madre era una mujer profesional destacada, fue la mejor auxiliar de enfermería de Ecuador. Era una mujer religiosa que me enseñó valores y moral. Ella y mi padre me dieron estudios. No comprendo hasta ahora cómo fui a caer en malos pasos.

En mi adolescencia fui nombrada Criolla Bonita, Srta. Educación Ambiental y Vial, Reina de Deportes, Reina del Cacao y Reina de Reinas. Desde entonces me he rodeado de todo tipo de personas sin hacer excepción, por lo cual siempre he sido tomada en cuenta para todo tipo de colaboraciones.

En lo que respecta a mi vida sentimental, actualmente estoy comprometida. Conocí el amor aquí, privada de la libertad, con un recluso igual que yo. Si tengo la oportunidad, en otra ocasión les contaré toda la historia.

Cuando era muy joven, a los dieciocho años, me casé. Cuando tenía diecinueve nació Bryan. Me divorcié a los veinte. A los veintidós, me comprometí de nuevo con Patricio, el padre de mi otro hijo, David. Con él viajé a Londres. Es una ciudad realmente



mágica que hasta hoy me hace suspirar. Allí conocí muchas cosas. A causa de la infidelidad de Patricio, caí en el vicio de las drogas. Me encontraba sola, al otro lado del océano, a mucha distancia de Ecuador; esa fue la causa por la que me refugié en ellas. Su consumo me causó problemas hasta con la mafia albanesa, pues Tony, quien me abastecía, además era mi jefe, porque yo trabajaba de recepcionista en su hotel.

Él empezó a intimar con Ana, una integrante de la mafia albanesa. Esta mujer se dedicaba a capturar mujeres bonitas y jóvenes para explotarlas sexualmente. Ella le dañó la mente a Tony. Le decía que yo era presa fácil porque me encontraba enganchada en la cocaína. Como era joven y bonita, me invitaron a una fiesta a

la que asistí con Patricio. Yo ignoraba las intenciones perversas de esta gente, pero algo dentro de mí me decía que esa noche no debía drogarme, pese a que allí había cocaína por charoles, éxtasis por cientos y whisky en gran cantidad. Mi corazonada me comunicaba algo funesto, que finalmente sucedió: en la madrugada doparon a dos venezolanas y a una brasilera y se las llevaron. Yo, aterrada, miré a Elías, un ayudante de mi jefe, él se conmovió y quitó con su llave el seguro de la puerta. Tony, molesto, mandó a tomar como rehenes a su mujer e hijos, para que lo ayudara a capturarme.

Dos semanas después, Elías me llamó para decirme que Tony ya no era dueño del hotel y que yo fuera a conversar para ver si me devolvían el trabajo en la recepción. Como él me había ayudado, yo confiaba en él y acudí a su llamado, pero era una trampa. Cuando llegué apareció Ana; la piel se me estremeció por el miedo que esta mujer me provocaba. Me hicieron subir en una miniván y se alejaron de Notting Hill, que estaba situado en la zona 7, hasta la Hayes, en la zona 6, muy apartada del centro de la ciudad. Allí, en un callejón, me hicieron bajar del vehículo.

En un momento de descuido pude alejarme del auto y meterme en el corredor de una casa. Elías, Ana y Tony, que se había encontrado con ellos en ese lugar, se acercaron a la verja del corredor de la casa donde yo me había ocultado. Me dijeron que me fuera con ellos, que no me iba a pasar nada, que necesitaban de mí para cuidar de las chicas y que les diera cierta droga hasta que se hicieran dependientes, para así poderlas manejar a su antojo. Yo me negué a esta monstruosidad. Elías me decía: "Vamos, no tengas miedo, nada te va a pasar. Al contrario, vas a ganar mucho dinero", pero con los ojos me hacía señas para que no aceptara.

Al amanecer, estas personas se cansaron de estar esperándome en la vereda de enfrente, se retiraron del lugar y, en ese momento, aproveché para escapar. Tres días después, esta gente mandó

a incendiar el edificio donde yo vivía, pues ellos temían que los denunciara; yo tenía mucha información, hasta de un laboratorio. Obviamente, nunca se me pasó por la mente denunciarlos, pero ellos tenían que asegurarse, pues los muertos no hablan.

Dos semanas más tarde tomé la decisión de regresar a Ecuador, primero porque mi vida corría peligro, segundo porque quería dejar el vicio de las drogas y, lo principal, porque extrañaba mucho a mi hijo y a mi familia.

Ya en mi país, estuve feliz con ellos y lejos del peligro, pero recaí en el consumo de las drogas. Yo se las entregaba a dos médicos del Oriente, viajaba hasta Cuenca para hacerlo, pero ellos me pagaban para que condujera el carro hasta Macas. Entonces fue cuando volví a consumir. Uno de esos días casi me muero por sobredosis. Fue en ese momento en que, ya casi moribunda, doblé mis rodillas ante Dios, le pedí una señal y prometí que, si es que me la daba, yo, por las vidas de mis hijos Bryan y David, que estaba recién nacido, no volvería a consumir drogas. Así fue: Dios me alivió de los estragos como por arte de magia, mi adicción desapareció y ya llevo once años sin recaer.




**SEGUNDO ALFONSO PUEDMAG**
nació en San Gabriel, Carchi, en 1975. Actualmente es agricultor. Su hijo Francisco Puedmag estudia en la Unidad Educativa Mario Oña Perdomo.

# Un viaje sin resultados

Hace un tiempo perdí dinero en la agricultura porque los precios de los productos bajaron justo cuando yo ya había sembrado. Le dije a mi esposa:

—He decidido que debemos ir a España para trabajar y salir adelante.



Ella me respondió:

—No estoy de acuerdo, trabajemos aquí. No nos vayamos muy lejos, no abandonemos a nuestra familia.

Pero yo insistí. Pensaba: "¿Qué vamos a hacer aquí si no hay trabajo y no vamos nunca a salir adelante? Además, toda la familia se podría ir con nosotros". Mi esposa me pedía que no nos fuéramos, pero para entonces yo ya había llamado a un amigo para que me ayudara. Él me dijo que no había ningún inconveniente para hacer esos trámites. Desde entonces empezó el gran problema. Él me dijo que debíamos ir a Tulcán a sacar los pasaportes de toda la familia. Al día siguiente nos fuimos todos y empezamos los trámites para sacar los documentos. Nos

atendieron muy bien y rápido, nos hicieron unas preguntas, nos tomaron unas fotos y un señor dijo que nos los iban a entregar los papeles un martes de junio del 2017.

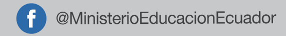
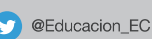
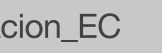
Llegó el día, fui a retirar los pasaportes a Tulcán y luego llamé por teléfono a mi amigo para avisarle que ya tenía los documentos en la casa. Entonces él me dijo que el día jueves viajaba de Quito a San Gabriel a retirarlos y la cantidad de dos mil dólares para seguir los trámites. Según él, nos estaba dando ayudando con los papeles para viajar a España; venía a Chiles, que es la comunidad donde vivimos, cada quince días y me pedía más dinero. Me decía que si no se lo entregaba no podía seguir con los trámites; entonces yo se lo seguía dando.

Finalmente llegó el día del viaje, nos hicieron una pequeña despedida y todos se pusieron muy tristes porque nos íbamos y mi abuelita se quedaba muy sola. Un día sábado por la noche nos trasladamos a Quito porque el domingo viajábamos a España. Fuimos al aeropuerto y nos pusimos a esperar a que nos llamaran, pero eso nunca sucedió. Entonces empezamos a preocuparnos, mi hermana me dijo que fuera a preguntar por qué no nos llamaban. Las personas del aeropuerto me dijeron que no se había reservado ningún vuelo a nuestros nombres. Enseguida llamé a quien se decía mi amigo, pero nunca me contestó. Nos dimos cuenta de que nos habían robado y tuvimos que regresar de nuevo a San Gabriel a seguir luchando.

Fue así como aprendí que no se debe caer en desesperación en momentos difíciles y no hay que poner toda la confianza en los amigos.




En este libro se ven reflejados algunos problemas que aquejan a nuestra sociedad: el alcoholismo, la violencia intrafamiliar, la delincuencia, el *bullying*, la discriminación, entre otros. Esperamos que al leer estas historias, recapacitemos y seamos capaces de generar cambios positivos en nuestro entorno.



@MinisterioEducacionEcuador @Educacion_EC /MinEducacionEcuador /Educacionecuador






**Dirección:** Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
**Teléfono:** 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
**www.educacion.gob.ec**